Iván Figueroa

Minotauro

Cuento

Concurso del Libro Sonorense/2013

Iván Figueroa

Minotauro

Cuento

Concurso del Libro Sonorense/2013

Iván Figueroa Acuña

La Mesita del Cuajari, Sahuaripa, Sonora. 30 de Marzo de 1974.

Estudió las licenciaturas en Ingeniería Civil y Literaturas Hispánicas en la Universidad de Sonora. Su obra poética ha sido galardonada con premios tanto estatales como nacionales; entre los más recientes se encuentran el Premio Regional de Poesía Ciudad de La Paz 2011, Premio Nacional de Poesía Tuxtepec-Río Papaloapán 2011; y el Concurso del Libro Sonorense 2013, género cuento.

Ha publicado varios libros de poesía de los cuales destaca la trilogía *The american dream*, integrada por *The american poems* (H. Ayuntamiento de San Francisco de Campeche, 2006), *Sunscreen: The collected poems* (Mantis Editores-APALBA, 2011) y *Novamérica* (FORCA, 2012). Ha incursionado en los géneros de novela, dramaturgia y ensayo.

Iván Figueroa

MINOTAURO

Iván Figueroa

MINOTAURO

Cuento

Instituto Sonorense de Cultura

Minotauro
Iván Figueroa
Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2013
Cuento
Primera edición, 2014

ISBN: 978-607-7598-78-7

Gobierno del Estado de Sonora

Lic. Guillermo Padrés Elías
Gobernador Constitucional

Mtro. Jorge Luis Ibarra Mendívil
Secretario de Educación y Cultura

Lic. María Dolores Coronel Gándara
Directora General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Ignacio Mondaca Romero
Coordinador Editorial y de Literatura del ISC

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa
Presidente

Marco Antonio Crestani
Director de Vinculación Cultural

Diseño editorial y gráfico: Editorial Garabatos;
portada, Mario Pecord; interiores, Raúl O. Leyva T.
Imagen de portada: *Minotauro*, óleo de George F. Watts
Fotografía de solapa: Archivo del autor.

D.R. © Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro
Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000
publicaciones@isc.gob.mx

Impreso en México
Printed in Mexico

Queda prohibida, sin autorización escrita del titular
de los derechos de esta edición, su reproducción
por cualquier medio, en todo o en parte.

Última función

It was like watching a marionette trying to walk without strings.
City of glass
Paul Auster

NO HAY MOTIVOS, *MISTER*. Aunque uno le piense y le piense, pues no llega a nada. No hay claridad, no hay. Todo es un malestar encabronado aquí, adentro, como si tuviera un puñado de alacranes aguijoneándole la sesera. Yo se lo dije a la vieja, así, sin andarme por las ramas, yo se lo dije y ella me preguntó por qué, qué razón tenía. Quise darle una, sólo una para que me entendiera, pero busqué, busqué y volví a buscar pero tenía limpiecita la cabeza de esos piensos. Nadie entiende, *mister*. Todos te piden una explicación, no le encuentran lógica y pos yo no tengo ni explicaciones ni lógicas para mi entendedera, mucho menos para los demás. Ni bien me vienen a buscar cuando ya tienen esa pregunta a flor de labios como si les quemara por dentro. Los veo ir y venir. Cuando llegan creen los muy ilusos que se irán con la certeza de algo, pero no, ni bien salen se escucha el balazo, luego el golpe seco y al final el silencio, pero yo sé que no es algo normal. Yo también, por un tiempo, quise encontrarle sentido a los actos, pero con el tiempo ya ni lo intentaba porque no lo había. ¿Me entiende? Mi mujer —cuando todavía la tenía junto a mí— me dijo que estaba loco. Así, a la brava. Lo mismo dijeron todos los que vinieron a verme. Los previne, pero ellos querían ser legales y me hicieron muchas preguntas, hablaron conmigo y después, BANG, el balazo en alguna parte del pueblo.

Hasta acá escucho el tronido. Me duele mucho que pueda escucharlo. ¡Me duele mucho!, pero nadie lo entiende y yo tampoco

lo voy a entender porque es un enredijo tan hijo de la chingada que cuando metes hebra para sacar hilo, pos se te queda allí perdida la pinchi hebra junto con todo lo que soy. Por eso yo ya no busco ni razones ni entendederas. ¿Para qué? Los que lo han hecho terminan con un hueco en alguna parte de la cabeza. Al principio pensaba si andaban matando algún animal, ya sabe, para el alimento diario, pero me parecía cosa de no creerse que fuera tan seguido. Acá en el pueblo, *mister*, el hambre es lo que lo habita. Por eso lo de la extrañeza, lo de no creer que esos sonidos de balazos no tuvieran como fin la matanza de una vaca o un cochi, o lo que fuera que bajara por la falda del cerro .....
.....
.....
.....Sí, sí fumo. Cuando tengo, claro. Si no tengo pues no fumo, faltaba más, faltaba menos.

Al rato me da el cigarro, primero déjeme prevenirlo. Quiero que entienda que está en peligro, que las cosas, si se quieren pensar, son peligrosas. Mejor al ratito nos lo fumamos, ¿sale?.....
.....
.....
.....Usted me preocupa, *mister*, me preocupa porque cuando salga de aquí, ni bien pasaran unos minutos cuando escucharé el balazo. A veces ni alcanzan a llegar de donde vinieron y, después del ruido, los oigo caer en seco, el cuerpo desmadejado, marioneta de tío Chapo, inservibles porque él no sabía darle y las movía sin ton ni son. ¡Pobres muñecos!, pensaba cuando lo veía y así pienso cuando escucho a los que caen. Todos íbamos a la casa de tío Chapo, nos sentábamos muy juntitos para poder ver el escenario que era así de chiquito pero muy bien hecho, con su pintura de cerros y saguarales en el fondo. Hasta dolían las nalgas de tan duras que estaban las bancas de madera donde nos sentábamos. ¡Imagínese! Entonces veía a tío Chapo, yo lo sabía porque además de sus pasos, podía ver sus

teguas por debajo del cortinaje y su mujer descorría el teloncito para que presenciáramos la escena. Los muñecos estaban chulos. Llevaban sus uniformes unos y otros se vestían como campesinos, huarachudos, era lo único que los difierenciaba de nosotros porque nosotros siempre usamos teguas o botas. Pero tío Chapo era un mentecato bien hecho, se le iba la trama, se le enredaba entre los hilos de las marionetas que no podía controlar. ¡Ah, qué viejo tan pendejo era tío Chapo! Luego se empezaba a poner nervioso y a tartamudear se ha dicho. Ya cuando veía que sus pies iban de aquí para allá y en la pequeña ventana los muñecos chocaban unos con otros a diestra y siniestra, pues entonces sabía que tío Chapo no era hombre de talentos ni habilidades. Y allí estaba lije y lije el piso con la suela de sus teguas de tanto nervio que se le metía en los adentros. Eso me hacía enmuinarme como nadie tiene una idea. ¡Tanta parafernalia para tan poco artista!, pensaba. Los demás se reían de tío Chapo, de su incapacidad que iba creciendo y creciendo hasta que escuchábamos el PAF de las marionetas que caían sin vida porque tío Chapo, detrás del cortinaje protector, se ponía a llorar y, entre jimiriqueos de vieja argüendera, allí estábamos todos mirando los cadáveres de los muñecos. No sé si a los demás si les daban lástima, pero a mí me invadía una congoja del tamaño del mundo. El pecho se me empezaba a hacer chiquito y de repente sentía que no podía llevarme más aire a mis adentros, me sudaban las manos, me temblaban las corvas y salía todo tembeleque de la casa de tío Chapo. Así como escuchaba las marionetas caer en el escenario, le digo, así escucho que caen los que vienen por razones, entendederas y cosas que ni yo mismo estoy seguro que tengo para estar aquí .....
.....
.....
.....Ahora sí, se lo acepto y sin retahílas de ningún tipo.

Sí, me puede dar uno.

Hace mucho que no fumo. ¡Ya hasta me está gustando esto de no fumar!, pero le vi desde que entró el paquete en la bolsa de la camisola y las ganas se me soltaron de un de repente.

¿Lumbre?

Ah, gracias

Lo que más me gusta de la fumadera es sentir que el humo lo llena por dentro. Ni bien le chupo al cigarro cuando ya estoy todo ahumado. A veces me dan ganas —o me daban, mejor dicho porque después de este cigarro sé que pasará mucho tiempo para que vuelva a tener otro—, de darme en la madre con la pistola y ver como el humo se me escapa por el agujero que la bandida bala me deje.

¿Qué usted me va a volver a visitar?

Se lo agradezco mucho, pero haga de cuenta que usted ya no existe. Este será el único cigarrito que nos echaremos juntos. Usted para mí ya está muerto. Lo sé bien.

¿Ve esa pistola encima del escritorio?

¿Sí?, pues véala bien porque, aunque parezca de juguete, será la misma con que se quitará la vida. Yo no le voy a sugerir nada. Usted solito, cuando terminemos, la agarrará así, como si lo hubiera querido hacer desde siempre, saldrá y ni bien intentaré recordar algo de todo lo que hablamos cuando ya estará el balazo y el PAF del cuerpo cayendo a liacho en la calle. Muchos me dijeron que estaba loco, pero si lo ve, detrás de esas palabras se escondía el miedo a la muerte. Cuando llegan les puedo ver ese brillito de vida en el fondo de los ojos. Me gusta porque son incrédulos, porque cuando les digo que harán eso que le dije a usted hace unos momentos, el brillito se les hace más intenso por el miedo.

¿Qué usted no le tiene miedo a la muerte, *mister*?

Eso me parece bueno porque apreciará más la vida. Cuando uno le tiene miedo a la muerte vive para la muerte, se la lleva pensando en la muerte, todo es muerte. Incluso la vida es muerte porque ya la tenemos arraigada como miedo bien acá, en la

sesera dura, bien metidito como un alfiler. Pero yo le digo *mister* que la vida es lo que debe de temer porque es lo breve, es lo que se nos va a respiraditas. Así como este cigarro que me llena de humo por dentro, así es la vida. Nos la fumamos en un dos por tres y por más que le haga uno por no dejarla irse, por mantenerla adentro, tenemos que abrir la boca para que se nos vaya. Lo malo es que la vida no es como los cigarros, una vez que se acaba, pues se acaba porque no hay nadie que, como usted, llegue para compartirnos otra.

Sí, por eso le digo mister, *mister*. Me la pasaba temporadas por allá. Me iba de chili bolita como quien dice. A la pizca del aguacate, de la lechuga y así. Por eso le digo *mister*, porque usted tiene toda la finta de gringo aunque no sea gringo. Aprendí a decir yes, *mister*, no *mister*, aunque no le entendiera ni una nada al capataz del campo. Por eso le digo *mister* a usted, por respeto y porque así no me dará lástima alguna cuando los ruidos que hará con su muerte me lleguen hasta aquí.

Pero eso es harina de otro costal. Eso era la vagancia pura. Andaba de arriba para bajo con las manos enzoquetadas, mugrosas, llenas de pesticida. ¿Me entiende? Luego vinieron los avisos de los envenenamientos. Yo vi como en la línea del tomate cayó uno de nosotros con la boca llena de espuma y unas ronchas gigantescas llenándole la cara y cuando lo embichamos pues ya tenía todo el cuerpo hinchado. Eso sí me dio miedo porque un cristiano no debería de irse de este mundo tan inhumanamente. Al pobre lo veía cómo trataba de agarrarse de los hilos donde se subían las matas con sus frutos ya bien coloraditos, pero solamente agarraba el aire a puños. Luego fue otro y al final fueron seis los que mandaron al hospital. Después llegó sanidad, cerró esto y aquello. Pronto anduve en la calle, en las esquinas. Ya sin un quinto en la bolsa. Aquello ya no era vida de Dios. Me retaché para acá. Entonces a darle a cómo podía. Luego vino la mujer, los hijos .....

.....

.....Tío Chapo anunció su función de marionetas un día cualquiera, así a la brava, sin decir agua va. Como le decía al principio, hace mucho me vino a visitar el primero de los que querían razones para lo que yo había hecho y ni bien habían pasado unas horas cuando lo del balazo. Antes era así, con un buen tiempo entre la visita y el matarile por la propia mano, pero conforme pasaron los días ese tiempo se fue acortando al grado de que entraban, se echaban la platicada, salían y los ruidos de su muerte allí, afuerita, claritos. ¡Así serán los de usted! Y no me miré con esos ojos que son los mismos con que me miran todos cuando se los digo. No pierda de vista la pistola, *mister*, no la pierda porque cuando menos lo piense ya tendrá el cañón bien metido en la boca. Antes me preocupaba al grado de volverse una mortificación que me quitaba el sueño .....

.....

.....

.....¿La pistola?

No, no recuerdo. Le puedo decir que me parece que desde siempre ha estado ahí, no me preocupa mucho de donde la saqué o si alguien la dejó sobre el escritorio. No se fije en pequeñeces, *mister*. Por lo menos a mí no me quita el sueño. Sé muy bien que yo nunca la voy a usar por más que quiera.

No, ya no hay razones, no las busco como todos lo que me vienen a visitar así como usted ha venido, *mister* .....

.....

.....

.....Sí, todo empezó con lo de tío Chapo. El pobre ni la vio venir y cayó al piso bien flojito. Yo le pregunté por qué se ponía nervioso con la función. Me dijo que no le hallaba, que se le enredaban los hilos, que se le enredaban las palabras y después se le iba bajando el enredijo para las piernas o se le subía a los brazos. Yo veía a los muñecos tirados sobre el

escenario. ¡Daba un chingo de lástima verlos a todos bien tiesos, como muertos que se le han olvidado a los demás y se quedaron ahí, a la espera de que algo mágico les pasara! Le pregunté a tío Chapo por la historia. Nada, ni una palabra me supo decir. Entre tanto echar a perder la función había terminado por olvidarla. Le dije que le diera rienda suelta a la invención, pero más tembloroso vi que se ponía y mejor decidí no presionarlo. ¡Ah, pobre viejo!, pensé que a veces los dichos de la gente pues tienen su excepción como toda regla. No es cierto eso de que más sabe el diablo por viejo... A veces el diablo, entre más viejo, más pendejo, *mister*. Así lo pienso. No le busco razones, me entiende. No las hay. Las cosas pasan como si de repente la vida se encargara del sin sentido de las cosas. Pero bueno .....

.....

.....

.....¿Otro cigarro?

¡Claro! ¡Échemelo para acá!

¡Ah! ¿No siente eso?

Sí, el humo, adentro, llenándolo todo. Hasta me tranquiliza. A veces, cuando ya no tengo qué fumar, me pongo entre azul y buenas noches. Ni bien siento la necesidad cuando ya ando como león enjaulado. Doy una vuelta para allá, me regreso. Ni bien llego a donde empecé cuando ahí voy de vuelta. Como se puede dar cuenta, *mister*, en este lugar no hay para donde extender las corvas. Así que cuando no tengo el cigarrito para controlar la intranquilidad, pues a darle como diablo que no tiene más infierno. Por eso le agradezco mucho el cigarrito que pueda dejarme después de que se vaya. ¡De todas maneras no los va a necesitar en cuanto salga! Sí me entiende, ¿verdad? .....

.....

.....

.....¿Cómo que se le olvidó la historia?, le grité a tío Chapo que tenía enredado el miedo en sus entrañas,

junto con las palabras y los hilos de las marionetas. Yo me había quedado ahí, solo, entre las bancas de madera con la intención de hacerlo que terminara a bien. ¡Quería conocer la historia, lo que tío Chapo, por su malechura como artista no podía ni empezar ni terminar! ¡Invéntele, pichi viejo! ¡Invéntele y déjese de pendejadas, chingadamadre! Después ya no supe qué pasó pero recuerdo que el teatrito estaba frente a mí. Las marionetas se me quedaban mirando desde el escenario pidiéndome ayuda para volver a la vida. Tío Chapo sujetó las cruces y empezó a levantar a los muñecos. ¡Hasta le dije que debería de sentirse orgulloso de poder resucitar a los muertos! Y ahí van todos a ponerse de pie. Le dije a tío Chapo que si no era con palabras, que con gestos hiciera a los muñecos revivir la historia. ¡Eso fue lo peor de todo! Se lo juro, *mister*, por ésta que yo estaba muy tranquilo cuando llegué a la función, pero el incapaz de tío Chapo me fue llenando de muina poco a poco. Primero fue lo de la incapacidad para decir la historia. Bueno, pensé, si no es con palabras pues a pura mímica, pero nada, inútil el pinchi viejo, como ninguno. Hasta un niño lo hubiera hecho mil veces mejor que ese hijo de la chingada. Lo veía ir y venir detrás del cortinaje. ¡No arrastre los pies, no arrastre los pies! O qué, ¿está lijando el piso?, le pregunté mientras seguía sus pies moviéndose indecisos... ¡Daban lástima, mucha, los pinchis muñecos! Tan chulos y tan a detalle en su hechura. Muñecos derechitos, elegantes, como ellos solos. Hechos de una madera tan fina, maquillados y tío Chapo echando a perder su postura hecha y derecha. Los pies lijando el piso. Entonces exigí que me dejara hacerlo, que me diera chance de echarme al chacoteo, pero el pinchi viejito me dijo que no, que eras sus marionetas, que a él le habían costado una fortuna, que me fuera mucho a la chingada y de nuevo el sonido indeciso sacándole brillo al piso .....

.....

.....

.....¡No, no quiero otro! Sí, pero no me interrumpa porque si lo hace se me queda atrincada la historia y después ni con ayudadita del señor, pero déjeme la caja.

Sí, toda, al fin que usted no tendrá más necesidad de llenarse de humo.

Ahí me la deja, sobre el escritorio, de todas maneras ya casi no viene nadie. Los voy engüerar como si fueran agua bendita. A todos les he contado la historia porque buscan razones. No las hay les digo, pero quieren saber, elucubrar con entendederas que no tienen principio ni final, pero bueno .....

.....

.....

.....Le dije al viejo mentecato que me prestara las cruces, que me dejara hacerle al marionetero, pero no. ¡Ah, pinchi tío Chapo! Ahí estaba para arriba para abajo con sus pies como lijas, dale que dale, achimirriando el piso y los muñecos todos enredados con sus hilos, ninguno sabía dónde empezaba uno y dónde el otro. Me levanté enojado. Fui atrás del cortinaje y le dije que se dejara de chingaderas y me prestara las cruces. Se hizo el disimulado, pero estaba lleno de miedo. Le dije que si no era capaz, para qué los tenía. "Vete muchito a la chingada, pinchi pendejo", me dijo, así, a boca de jarro y la lija estaba en sus palabras gastándome los oídos. Aquello me llenó de muina y fue cuando no me pude contener. Agarré todos los muñecos con las manos, luego en un extremo tenía las cruces y en la otra los muñecos. En medio, frente a mis ojos, todos los hilos apelmazados en uno solo, tensado, a más no poder. Tío Chapo me miró, pero el brillo que tenía en sus ojos empezó a apagarse. Así fue como me hice de los muñecos y del teatrito. Ni bien cayó tío Chapo al suelo cuando levanté las cosas, salí a prisa de su casa y eché todo en el carro. ¿Me entiende, *mister*? Así fue como llegué hasta aquí, a este pinchi lugar en medio del desierto. ¿Ve la pistola sobre el escritorio? Parece de juguete, ¿verdad? No lo

es. Entre huye que te huye fui cambiándole la vestimenta a los muñecos. Dejaron de ser soldados y campesinos, para volverse todos judiciales y éste que ve aquí sentado con ropas ordinarias, ¿sí lo ve?, éste que le cuenta la historia, se volvió el único que no busca razones que le den claridad al asunto del asesinato del viejo .....
.....
.....Sí, allí sobre el escritorio, donde está la pistola. No tenga miedo a agarrarla y llevársela. Al rato iré por ella. Sí, después de que oiga el balazo y el ruido seco del cuerpo cuando cae sin vida sobre el suelo.

Si quiere dejarla completa, mejor. Al fin de cuentas usted ya no va a necesitar fumar, ¿verdad?

Sí, está pesada, lo sé. Tiene el tambor lleno. No habrá problemas.

Usted no se preocupe, usted salga, verá que no tardará en darse el balazo por mientras yo voy cerrando el teatrito, voy bajando el telón. Usted salga con toda la confianza del mundo. Yo haré lo que me corresponde hacer en esta historia.

La mitad del desierto

LOS MARTES NO HABÍA MUCHA correspondencia.

En el pueblo era difícil encontrar a alguien que mandara cartas fuera. Muchos ni sabían escribir, a lo más que llegaban era a poner su nombre en un garabato que a duras penas se podía identificar como algo que le diera identidad a fulanito, sutanito o menganito.

De plano, cuando era imposible, así se dejaba el enredijo.

Yo recibía las cartas que la gente me traía al changarro. El acuerdo había sido que por el servicio recibiría una mínima cantidad y el representante de Correos se fue con mi firma en un documento, rumbo a la cabecera del municipio.

Todos sabían que el martes era el día que Abel Rendón pasaba muy tempranito a levantar el paquete con todas las cartas posibles.

Como les decía atrás, no era mucha la correspondencia. Nunca pasaban de cuatro o cinco. A lo más siete, que fue el número que se alcanzó una vez y hasta celebramos con un pachangón en la plaza.

Los Legendarios del Norte tocaron toda la noche.

Los sonidos del acordeón, la redova y el saxofón se amoldaban a los del bajo sexto.

Todos bailaban bien apretaditos de sus mujeres.

Se sentía el gusto de tener el cuerpo bien pegadito y, si se podía, una talladitas para que no dijeran las mujeres que no había deseo.

Yo los miraba dar vueltas en medio de la plaza.

Eso fue muy bonito.

Si los martes no había mucha correspondencia, el viernes no había ni un papel partido por la mitad, pero Rendón llegaba con las que les enviaban a los del pueblo.

Ni bien lo veían bajar del camioncito tembeleque cuando ya tenía a todo mundo en la tienda preguntando por alguna novedad.

Me iba bien.

Las mujeres llegaban con sus chamacos y vendía muchos chuchulucos.

Los hombres, cuando llegaban a venir por alguna carta me compraban cigarros y refrescos.

Nadie se iba con las manos vacías.

Cuando las cartas dejaron de llegar me fue mal.

El camioncito desvencijado de Rendón se pasaba de largo por la carretera.

Tuve que tirar muchas cosas que se me echaron a perder porque ya nadie venía con la curiosidad de saber a quién le habían contestado.

Por eso me decidí a entrarle en complicidad con el canijo del Rendón.

Cuando hice eso, ni bien terminamos de ponernos de acuerdo con la baquetonada cuando ya me imaginaba las ganancias yéndoseme hasta las nubes.

No pasó así, aunque si hubo algunas cartas que empezaron a cruzarse entre la ida y la venida.

A Rendón no lo conocía muy bien, pero a leguas se le notaba que era un lépero bien hecho. Con los del pueblo tampoco se me daba eso de la platicada y entre esto y lo otro, sin saberlo, empezar a compartir cosas de la vida de uno.

Yo te doy las cartas, le dije, tú las lees y luego las contestas. Yo te las entrego el martes y el viernes me das las que tú escribas.

Cuando me las vengas a dejar pos vendo mis cosas del changarro. Ni bien se lo propuse cuando ya le brillaban los ojitos.

¿Y a mitas?, me preguntó pero le dije que no, que la idea era mía, a él nada mas le tocaría un cuarto de lo que sacara al mes.

Aceptó sin más buibuéntrales.

Nos tomamos las precauciones de que cada carta fuera diferente en todo: el papel, el sobre, el color de la tinta, la caligrafía, el timbre postal y la fecha de remisión.

Lo que trajera dentro de ella sería cuestión de lo que la gente mandara como información.

Más vale prevenir..., le dije a Rendón cuando se subió a su camioncito y, tras varios tronidos, echó la marcha.

Las gentes del pueblo le tenían poca fe a eso de mandarse cartas con los parientes. A ver si llega, me decían resignados de antemano al extravío. Algunos hasta la mandaban bendecir con el padre Miguel.

Ya verán que sí, ya verán que sí; les daba ánimo. Mis ganancias empezaban a escasear y no me quería ni imaginar la vida sin mi tienda. Tener que volver a los trabajos del campo, perder la vida por unos cuantos pesos ganados con tanto esfuerzo. No, eso ya no era para mí.

Me entregaban la carta como si en eso les fuera la vida.

Daba lástima verlos en aquellas mortificaciones, pero de algo tenía que vivir.

El último pirulín que vendí, y no porque no tuviera abasto sino porque fue el último que compraron, fue a los cuates de la Luisa Ramos.

Le di la carta a ella, miró todas las cosas, preguntó precios y al final un pirulín pinchito fue lo que se llevó.

Hasta vi cómo lo engüeraban los chamacos con una chupadita cada tanto.

Si no fuera porque sé que son cuates, pensaría que es nada más uno mirándose en un espejo invisible. Para acabarla de amolar los viste igualitos de pe a pa.

No sé si fue mal augurio aquello, pero no me gustó nadita la cara que hizo la Luisa cuando sacó la carta del sobre.

La vi que no se aguantó las ganas y a mitad de la plaza soltó la lloradera.

Pos para qué quieren cartas si no les van a gustar las noticias que traen, pensé.

Eso fue lo malo.

En mí ya estaba la sal bien metida.

Pero también eso me dio la idea de la inventadera de las cartas.

Puras cosas buenas, nada de chingaderas, le dije a Abel Rendón.

Él me argumentó que las cartas no podían ser siempre así.

Pues van a tener que ser, le dije. Si vamos a meter la pata, prefiero que la gente sea feliz y, si nos llegan a agarrar en la maroma, así será más fácil ser perdonado.

Apenas así lo hice entender, se subió a su camioncito pinchi y se largó rumbo a la cabecera del municipio.

Lo de la inventadera de las cartas me pareció muy bien.

No había mucho de donde agarrar.

El Abel se las daba de poeta, malosón, pero poeta al fin. Sabía escribir, era de los pocos. Luego, para matar el tiempo y hacer cómo que trabajaba, ni bien alcanzaba la entrada del pueblo, estacionaba su carcacha y sacaba un libro.

Una vez le pregunté que si qué tanto leía.

Unas poesías de mucha pasión, me dijo.

A chingao, pensé. A ver échate una, le pedí, carraspeó un poco, abrió en una parte el mentado libro y empezó:

"Espacios", empezó con el título. Hizo la aclaración de que

no había rima, pero que sí era una poesía por lo bonito de las cosas que decía. También dijo el nombre del poeta, un tal Figueroa, pero eso no me importó mucho.

En la soledad de mi cuarto tu cuerpo
es ya ausencia, otra soledad
que se refugia en las esquinas,
espinas ancladas a la hora del hastío,
y el deseo infinito de tu cuerpo.

Me pregunto, una y otra vez,
¿cuándo escucharás estas palabras
que escribo sobre la pared nocturna?

Estoy solo en la inmensidad del mundo,
estoy solo en la inmensidad del cuerpo,
estoy solo en donde estoy sin ser:

soy solo en donde soy sin estar, amor,
tu cuerpo es una silueta donde duermo.

¡Ah, si tan solo tu cuerpo fuera
este cuarto donde estoy solo contigo!

¡Oh, si tan solo regresara el mar!

¡Ay, cabrón!, dije, eso es bonito, Rendón, no chingaderas. Hasta el corazoncito me dio un vuelco; miré hacia la lejanía, pensando en caminar sin rumbo, hasta alcanzar la mitad del desierto y caer muerto.

No le iba a dar a Rendón el gusto de verme llorar.

Me dio la correspondencia rapidito.

Voy a cerrar, dije sin darle oportunidad a pedir una explicación.

Cuando Abel Rendón salió, emparejé la puerta.

Me sentía el hombre más solo del mundo.

Le dije a Abel Rendón que no me dijera nada de lo que escribían en las cartas. No eran muchas los martes y los viernes brillaban por su ausencia.

No me hizo caso. El argumento fue que yo tenía que saber de qué se trataban las cartas para tener una idea de lo que él iba a contestar.

Nunca me pidas que te diga qué contesto, me dijo muy serio.

Nunca se lo pedí.

Ni bien le entregaba la correspondencia, allí mismito las abría. Primero la veía muy largamente, luego la sujetaba con los dedos y la golpeaba contra el mostrador, la levantaba contra la luz y poco a poquito le abría un lado al sobre.

Eso me impacientaba porque al final de cuentas, las cartas iban a terminar en alguna parte del olvido.

Le dije que las destruyera, desde el principio se lo dije.

Me habló de respeto a su trabajo y cosas así.

Las cartas las guardaba en alguna parte de su casa y allí se iban almacenando.

No seas pendejo, Abel, lo previne. ¡Quémalas!, ¡échalas a la hornilla!, ¡no tengas evidencias que nos puedan perjudicar más adelante!, me volvió a decir algo sobre el respeto y yo lo escuché como escuchar al viento.

Así conocí las necesidades de la Gudelia Campa.

Esa hembra quiere macho, terminó por decir Rendón con una sonrisa medio lépera en los labios.

La carta de Gudelia me recordó la poesía que Rendón me había leído.

En ella, la mujer de Néstor hablaba de que si qué podía hacer contra aquella necesidad de tocarse allí, que desde que él se fue, hacía ya varios años, tenía como única necesidad a flor de piel salir de sí misma. Luego confesaba que el padre Miguel le había

dicho que cuando tuviera aquella necesidad fuera a verlo, tardecito, cuando ya se fuera el último feligrés.

Allí terminaba la carta.

La respuesta de Rendón no fue larga ni bonita. La carta que me dio para Gudelia tenía el peso de la nada. Así de flaco estaba el sobre. Eso fue lo que me hizo dudar si en realidad era poeta como decía él. Una cosa es leer poesías y otra muy diferente saber hacerlas.

Si fuera poeta diría muchas cosas, bien largo y tendido, porque las palabras no le alcanzarían para decir algo, sería imposible. ¡Hasta tendría que inventar más para poder decir todo aquello que se queda adentro, bien metido, como navaja!, eso pensé cuando Gudelia salió sin comprar nada.

Las visitas de Gudelia Campa al changarro escasearon hasta que dejó de venir y sus cartas terminaron por desaparecer.

¡Ah, Rendón, si serás pendejo!, le dije. El chiste es engrirlos, que no vean la hora de que sea martes o viernes para regresar a mi changarro. Abel entendió muy bien cuando le di su parte de las ganancias.

¿Esto es todo?, preguntó el muy cabrón.

Ni eso debería de darte por sonso que eres, le contesté y le di las dos cartas que habían llegado ese martes. Lo miré abrirlas mientras yo me posteaba en la calle para echarle aguas.

Al siguiente viernes, después de la visita de Rendón, le entregué su carta a Julio Coronel.

Allí se quedó, como estatua, mudo.

Yo le dije que si se le ofrecía algo más y dijo que no.

Eso me dio mucho qué pensar de la respuesta.

Coronel salió lembo del changarro y así caminó rumbo a su casa.

Yo ya ni le ofrecí cigarros, de los Raleigh, de los que le gustaban.

Nada más de verlo así, ido, me daba no sé qué en las tripas.

Ni bien desapareció en la puerta de su casa cuando escuché el disparo.

Todavía se podía oler la pólvora quemada en el aire encerrado del pueblo cuando Rendón llegó al siguiente martes.

¡Ahora me los estás matando con tus respuestas, hijo de la chingada!, le grité a puerta cerrada al Abel Rendón.

El muy cabrón me dijo que lo que él escribía no tenía nada que ver con las decisiones que sus lectores tomaban cuando leían sus cartas. Así les dijo a los del pueblo, sus lectores. Entonces me di cuenta de que Abel era medio farsantón.

No tenía habilidad para la escribidera.

Todavía, el muy sinvergüenza, cuando le di la única carta que me habían traído me preguntó que si no le iba a dar su parte.

¿De dónde, cabrón?, ¿de dónde? Al menos que te dé en tu madre. ¿Eso quieres?, le pregunté pero se fue sin decirme si eso quería.

A veces pienso que el mentado Abel me quiere chingar.

Ya nadie viene ni a darme los buenos días.

Sabrá Dios qué tanto les dirá en las pinchis cartas que ni un cacahuate partido por la mitad me compran.

Primero pasó lo de la Gumelia, luego lo de Coronel y a los días, cuando por fin abrió su carta porque no lo había hecho por llevársela atareado, Jamaliel cayó muerto. Sé que la abrió porque se la encontraron en la mano, bien apretada. Parecían tenazas los dedos, dijeron.

Todo el abasto se me echó a perder.

Lo bueno que las cosas enlatadas duran más, pero los granos no. Ayer fui a sacar un poco de frijol de saco y allí estaba todo lleno de gorgojos. Lo mismo pasó con el maíz, con el arroz.

Los dulces se pusieron bien duros, como para tumbar los dientes.

Los refrescos ya les había salido esa nata oscura en el cuello de la botella.

¡Si a mí me dio un chingo de asco, qué no les iba a dar a los que quisieran comprarlos!

Abel Rendón, el muy descarado, se enojó cuando le dije que no le iba a dar nada, que regresará el martes.

¡A ver si cae algo!, le dije.

Se subió a su camioncito medio destartalado y se alejó por la carretera.

El jueves tuve que cerrar el changarro muy tempranito.

El viernes ni me levanté para ir a abrir.

Me estaba cortando las uñas de los pies cuando, de repente, se me vino a la cabeza la idea. Así, como si me hubiera estado esperando a que cerrara la tienda y no estar pendiente de las cartas que iban o venían.

¿Qué tanto les dice, pues?, pensé en Abel Rendón que se decía poeta.

Me levanté bien tempranito ese sábado.

Por donde sea busqué todo para que el martes Rendón saliera de mi changarro con una carta.

Yo la iba a escribir, así, tan terrible que cuando la leyera todas las palabras que le bullen en la sesera no le alcanzaran ni para decir pío.

Escribí el lugar y la fecha en donde deben de ir y empecé:

Querida Mariana...

Ni bien empecé cuando supe que la carta iba a quedar inconclusa.

Las palabras no me gustaban. Ni bien las escribía cuando ya estaba arrugando la hoja del cuaderno.

Cómo pude dejé de pensar en las palabras y me centré en lo

que quería decir, pero no podía pensar si lo que quería escribir correspondía a las palabras que iba dejando regadas sobre lo blanco de la hoja.

Cuando terminé, dos días después, no me sentía muy satisfecho. Sabía que podía haberla escrito con mucho más amor, pero pues no me salía así tan fácil.

Todo era cuestión de meterla en el sobre, darle el lengüetazo y sellarlo.

Puse el remitente y el destinatario.

El martes, muy tempranito, abrí la tienda. Saqué un timbre del cajón donde los guardaba, le puse un poquito de saliva y se lo pegué.

Me quedó un sabor acedo en la boca.

Rendón llegó más contento que de costumbre.

Le di la carta.

La pesó en sus manos.

Parece que le pagaron a destajo al que la escribió, dijo. Luego leyó el nombre. No se me hace conocido, ¿quién es?, me preguntó.

¡Ah!, dije sorprendido, es Melesio Cajigas, vive por allá, por la cuesta. Casi nunca viene desde que lo dejó la mujer y se le fue para siempre. Todo el pueblo dice que con otro, pero quién sabe. Eso no es cosa segura, pero cuando no está de quien se habla, pos nada mas tienes la mitad de la verdad y si es el pueblo esa mitad, pos imagínate. El Melesio ya está muy viejo y no tiene a nadie que le dé el santo ni la seña. Me dijo que así se va a morir, solo. Apenas y pudo llegar hasta acá. Usa bordón el pobre. ¡Lo hubieras visto! El viejo no es ni la sombra de lo que fue cuando la Mariana, un día, se perdió por el camino rumbo a quién sabe dónde. Yo tuve que ir por él y hacerlo entender porque me partió el corazón verlo tirado a la orilla del camino.

No le entraban razones al pinchi viejito. Por momentos decía una sarta de palabrotas, luego se reía de lo traicionera que era la vida y después el llanto.

La cara de *quéchingadosestásdiciendo* de Abel Rendón me detuvo en seco.

No quería que sospechara.

De Melesio Cajigas es la carta, dije y salí a echarle aguas por si venía alguien al changarro.

Cuando entré de nuevo, Rendón estaba mirando algo en la pared, pero no era en la pared sino dentro de su cabeza, algo tan lejano que su mirada no podía ni vislumbrar. Después salió hecho un mar de lágrimas.

Las cuatro hojas que yo le había escrito se le traspapelaban en las manos como si de repente fueran la piel de un animal tan hermoso que no debería de haber muerto.

¡Ora, cabrón!, le dije y me respondió algo entre balbuceos de niño huérfano, salió, se subió al camioncito y se marchó sin rumbo.

Desde ese día nadie volvió a saber nada de Abel Rendón. Algunos dicen que vieron el camioncito meterse entre las dunas del desierto que rodea al pueblo, otros que se volvió loco tratando de contestar una carta donde un hombre viejísimo le pide perdón a su mujer de la manera más hermosa y que él, Rendón, jamás se hubiera imaginado. Por último, y esto es lo que yo pienso que es la verdad, dicen que en la cuesta del camino, sin pensarlo dos veces, giró el volante de su viejo camión y terminó dando tantas volteretas que cuando llegó al fondo del barranco tanto él como el camión se habían hecho trizas.

Así fue como desapareció Abel Rendón.

Así fue como se acabaron las cartas, para siempre.

Yo, un día, mientras acomodaba las últimas latas que me quedaban, me acordé de la poesía que me había leído Rendón.

Sentí que en el aire que respiraba ya no había ningún rastro de vida.

Después vino a mi mente la Gudelia, el Coronel, el Jamaliel y, por último, el viejo Melesio. Me di cuenta de lo solo que estaba yo entre todo aquello que se había ido almacenando alrededor de mí. Sin pensarlo siquiera, cerré las puertas de la tienda y, luego de ponerles el pasador, las sellé con un candado tan grande que parecía un corazón.

Agarré camino.

Me había decidido por ir a buscar a Mariana. Así cayera muerto a la mitad del desierto que nos separaba, la encontraría.

Alta traición

Three can keep a secret if two are dead.
Benjamin Franklin

I

VALDEMAR QUIJANO SE SEPARÓ del grupo.

Antes de entrar a su casa, antes de agarrar camino por la calle, antes de emprender la retirada, dijo que regresaría cuando el sol se pusiera, por la tarde.

Entonces sí mataría a Alonso Saavedra.

Nadie le creyó porque si algo tenía Valdemar era una culebra de miedo enredada en los adentros y desde allí le trababa el cuerpo todo.

II

Los hombres que permanecían bajo el mezquite miraron las huellas con que Valdemar marcó el polvo de la calle que iba a dar a la puerta de su casa.

Allí estuvieron hasta que el sol se puso.

A lo lejos vieron la silueta de Valdemar que regresaba.

En las manos de Quijano, el cuerpo del rifle lanzaba brillos para hundirse en los ojos de todos. Sentían la mirada herida desde antes de que él llegara y el arma que cargaba, ahora, tuviera una definición precisa.

Entonces no hubo nadie que pusiera en tela de duda que Valdemar Quijano, esta vez, no había dicho aquello de matar a Saavedra nada más por andar de cosijoso. No, esta vez él, an-

tes de salir de su casa, había matado el reptil que le trababa los músculos cada que amenazaba con cometer el asesinato.

Javier Ancira se llevó las manos al pozo profundo de los bolsillos del pantalón. Las monedas llenaron la tarde con el tintineo de una sonaja de metal.

Alguien le iba a preguntar a Ancira si ahora sí tenía miedo, pero el silencio, repentinamente invaluable, era una red entre ellos y los hacía prisioneros en medio de aquel mar de aire estancado que inundaba el pueblo.

III

Voy a chingarme a ese cabrón, dijo Valdemar Quijano y empezó a caminar rumbo al consultorio médico.

Javier Ancira miró a los demás antes de hacer un movimiento con la mano para indicarles que siguieran a Quijano.

Las sombras se alargaban sobre la calle, eran cuatro y una de ellas llevaba una barra oscura en una de las manos.

IV

El sol se había puesto desde hacía rato y todos sabían que Valdemar tendría que hacer lo que había prometido. El rifle en las manos era la señal del pacto.

V

Alonso Saavedra estaba adentro del consultorio.

El rostro oscuro resaltaba contra la blancura de la bata.

A la altura del pecho tenía el dibujo de una figura de color verde cenizo, al centro la madre amamantando al hijo, recién nacido. Javier Ancira iba a preguntarle al médico dónde estaba el padre, pero la pregunta se le atoró en el gaznate. Ancira ya sabía que el tiempo no le alcanzaría a Saavedra para explicar aquella ausencia.

VI

Los hombres entraron después de Quijano y Ancira.

Alonso Saavedra los contó.

Son cuatro, pensó, cuatro y vienen a matarme.

Valdemar se sentó frente a él.

Entre ellos estaba la planicie infinita del escritorio. Los papeles se amontaban como pequeñas montañas aquí y allá.

El médico intentó acomodarlos.

La desesperación en sus manos la sintió ajena.

Se miró las manos, allí estaban.

¿De quién eran esas manos?

Algunos papeles alcanzaron el suelo víctimas de un derrumbe que amenazaba con destruir el pueblo.

VII

Tú me lo juraste, Saavedra.

No soy Dios, Valdemar.

Su vida estaba en tus manos y tú dejaste que se te fuera entre los dedos como vil agua.

Hice lo posible, pero no pude salvarlos.

Yo, en tu lugar, hubiera hecho hasta lo imposible.

Lo hice, pero tampoco fue suficiente.

Cuando levantó los ojos para mirar de frente a Quijano, Saavedra dejó que su mirada se perdiera en la profundidad del cañón del rifle que lo apuntaba desde el otro lado de la planicie del escritorio.

VIII

Alonso Saavedra hizo lo que tenía que hacer: no jugar a ser Dios.

La vida de la mujer de Valdemar se extinguió en la eternidad de un instante.

El recién nacido no alcanzó a respirar.

El color azul de la asfixia empezó en sus labios y se extendió

por todo el rostro.

Saavedra sabía que su título universitario no lo hacía Dios, que era un hombre, nada más, como aquel que ahora lo miraba desde el fondo de la tumba abierta que eran sus ojos.

IX

Javier Ancira encontró las balas.

Las manos le temblaban por la agitación.

Nadie lo vio salir de la casa de Valdemar Quijano.

Así lo habían planeado.

X

Nadie fue capaz de encontrar una razón para mantener con vida a la víbora que el miedo, en los adentros de Valdemar, había engendrado.

Alguien señaló la cárcel, años de encierro.

Otro dijo que una muerte Dios no la perdonaría jamás y citó el mandamiento correspondiente.

El último habló de un gusanito en la cabeza, escarbándole los piensos hasta que la locura lo llevara a atentar contra su vida.

Javier Alcira no dijo nada. Sus manos buscaban las balas en la profundidad de los pozos del pantalón, confundidas con unas cuantas monedas.

XI

Valdemar Quijano pensó en su mujer un instante y posó el dedo sobre el cuerpo curvo del gatillo.

Lo presionó.

Alonso Saavedra buscó la bala en el fondo del cañón del rifle.

En el consultorio el silencio les metió su puño en la boca a todos.

Se escuchó el sonido del percutor, el choque del metal contra el metal y después el eco imperceptible terminó por apagarse.

Javier Ancira se llevó las manos a la espalda donde el metal afilado descansaba contra la piel empapada de sudor.

XII

Todo había sido acordado desde mucho antes, desde la primera vez que Quijano dijo que algún día iba a matar a Alonso Saavedra.

El cuchillo entró a la altura del pecho, limpio.

Entre la punta y el corazón no hubo obstáculos que evitaran el encuentro.

Cuando salió, la hoja abandonó una herida inmensa y los hombres veían a Valdemar que, entre estertores, trataba de zafarse del abrazo mortal de Ancira.

La muerte se amoldó a uno de ellos.

Javier Ancira deslizó el cadáver sobre la silla, frente a los ojos de Saavedra.

XIII

Por primera vez tenemos médico en el pueblo, dijo Ancira, yo no iba a dejar que nadie más se enferme. Así tuviera que matar a Valdemar Quijano que ya andaba con sus cosas, pero no iban a dejar que eso pasara.

Alonso Saavedra con aquellas palabras entendió que tendría que firmar un acta de defunción y declarar que todo aquello había sido en defensa propia.

El cadáver de Quijano estaba del otro lado de la planicie infinita del escritorio, en la soledad más absoluta.

Los demás, detrás de él, guardaban silencio.

El oficio más viejo del mundo

¡SERÉ PUTA, PERO MUY DECENTE!, dijo la Maruca Riquelme. Y tenía mucha razón. Mi amá siempre me decía que la Maruca era puta pero decente, aunque no me dejaba, por nada del mundo, que me acercara a su casa.

No, no, no es por eso, le contestó mi tata tartamudeando. Es, es, es...

¡Es que nada, pinchi Zacarías!, pensé que por viejo serías menos pendejo, pero eso lo tienes bien metido aquí, el dedo de la Maruca le hubiera dejado un hoyo en la cabeza a mi tata de no ser porque él la tenía muy dura.

Lo sé, lo sé, Maruquita..., dijo el viejo ya avergonzado de haberle hecho la propuesta.

Pues deberías de saberlo mejor, cabrón... ¡¿Qué piensas que nomás porque me acuesto con todos los hombres del pueblo iba a aceptar eso?!, ¿eh?; aquello era mentira porque si fuera cierto entonces tendría que haber sido verdad lo que decía la gente del padre Tobías que cuando no encontraba oveja le saltaba a la Maruca; también hubiera sido cierto eso de que se acuesta con todos los hombres del pueblo, si ella lo hiciera conmigo pues porque soy hombre, niño, pero pues hombre. Mi tata me dijo que hay que aguantarse como los hombres cuando pierdo las apuestas con él y así me aguanto y por eso sabía que lo que la Maruca Riquelme había dicho era una mentira bien hecha, pero ella estaba tan enojada que mejor ni le dije nada.

Al final de cuentas la bronca no era conmigo, era con mi tata.

Ni bien desperté, mi tata vino a la casa para invitarme a muchas partes. A mi amá luego luego le dio mala espina todo aquello.

Y es que mi tata tiene bien ganada su fama de lépero. ¡Ai se lo haiga don Zacarías si el chamaco me viene a contar de cosas!, le advirtió mi amá desde la puerta mientras mi tata y yo nos alejábamos rumbo a la plaza.

Lo primero que hicimos fue ir por un par de sodas bien heladas con la Licha Valencia.

Yo pedí una de naranja.

Mi tata una de limón.

Entre tomada y tomada, mi tata no dejaba de granjearse su provecho. ¡Ah, m'ijo, esto es vida y no chingaderas!, decía y se empinaba la botella.

Así estuvimos hasta que quedamos redonditos de tanta soda que tomamos.

La Licha Valencia salía cada tanto de su changarro para echarnos un ojo. Hasta pensé que mi amá le había dicho que lo hiciera. Me sentí parte de un juego de espías. Allí nos quedamos, en la banqueta, tirados y con la cabeza repegada a la pared.

Luego hicimos una apuesta de quien se echaba el eructo más fuerte.

Mi tata ganó por mucho.

¡BUUURP!, yo fui el primero. Me salió un eructo tan chiquito que me dio pena con mi tata. Mejor ni le hubiera apostado nada. En cuanto le dije lo de los eructos le brillaron los ojitos, si de por sí los tiene bien chiquitos, pues con la sonrisota que mi trato le puso en la cara, nada más los dos brillitos se le veían.

Si yo gano, mi'jito, tú te quedas pico de cera y nada de mitotearle a tu mamá de lo que hagamos hoy; dijo. Acepté de mala gana porque hubiera pedido, si le ganaba, que me comprara un raspado antes de irnos de con la Licha.

¡Ándale, Maruquita, por amor de Dios que hace mucho que no veo la mía!, le dijo mi tata.

¡Ni por el de Dios ni por el del Diablo la vas a ver!, le respingó más enojada porque pensó la incrédula que le iba a ganar al viejo. Bien dice mi amá que para la leperada, llámenlo a ese viejo bandido.

Yo mejor me puse a tirarle piedras a los perros que se habían amontonado debajo de los árboles de la casa de la Maruca Riquelme. Cuando ella saca su mecedora y se sienta bajo su sombra, ni bien la ve mi amá cuando ya está con que la Maruca no tiene nada qué hacer, cómo es posible que a plena luz, por eso Diosito la castigó con un vientre tan seco que de seguro ni el desierto le saca dos narices adelante. ¿Pa´qué le hubiera servido tener chamacos a la muy sinvergüenza?, se pregunta. Pa´nada, nomás pa´cerlos pasar pena ajena, se contesta.

Si no fuera porque mi tata me tenía bien aperingado de la mano, me hubiera ido a jugar con los perros, pero pues así estaban las cosas.

El calor me empezaba a llenar las verijas de sudor. Entonces fue peor porque por un lado mi tata estaba dale que dale con la Maruca y, por el otro, yo como calillita con lo de que nos fuéramos porque ya no quería traer los pantalones puestos.

Me dijo el viejito bandido que me aguantara, como los hombres, que él había ganado la apuesta. Entonces tuve que aguantarme como los hombres y de vez en cuando me tenía que sacar el pantalón que se me metía en el fundío.

Yo creo que le di lástima a Maruca porque, entre queriendo y no, ya mi tata nos tenía bien metiditos en la sala de su casa.

Mi amá me había prohibido que fuera para allá como si allí viviera el coludo, pero no, creo que se debería de tratar de otra cosa porque adentro las cosas eran igualitas que otras casas. A lo mejor no tenía más muebles que nosotros, pero tampoco pensé que aquello fuera malo.

La Maruca me miraba como si tuviera algo en mi cara que la hacía reír. Aunque me dio coraje, me di cuenta que así es como

me miraba mi amá cuando andaba de buenas y era toda sonrisitas, pero no anduviera de malas porque ni bien me distraía, me dejaba las nalgas pintas a puro manazo.

Le iba a decir que no me mirara así, pero no le dije nada porque ante todo era un Orcaza y si algo teníamos los Orcaza era que siempre respetábamos a los demás. No hay nadie en el mundo que no sea digno de respeto, siempre nos dice mi amá.

Mi tata de segurito no era un Orcaza, aunque de él nos viniera el apellido, porque la Maruca, cuando me trajo el agua de pamita ni bien se agachó a dejar la bandeja con los vasos en la mesa de la sala cuando mi tata, que para la leperada se las averigua solo, le metió la mano por debajo de la falda, pero tuve que hacerme ojo de hormiga porque había apostado a los eructos y perdí.

Ni modo.

¡¡¡AAAAAA, BBBB, CCC, DDEEEEEEEEEEEEEE...!!!, empezó mi tata a decir el abecedario con su eructo y llegó hasta la D. Aunque me diga que hasta ahí llega el abecedario, pos no le creo. Una cosa es que todavía no vaya a la escuela y otra que sea tonto, eso pensé porque si nada mas fueran esas letras pos entonces todas las palabras tendrían esos sonidos. Se me afigura que no fue a la escuela, tata, le digo y me alegó que sí fue, pero que como es medio burro, pues no se le quedó nada en la cabeza. No le creí porque para las leperadas bien que le encontraba por donde.

Por eso mi amá siempre que iba mi tata por mí decía que se le iba el alma nada más de pensar qué cosas andaríamos haciendo. Ni modo, mi tata era mi tata y teníamos que darle por su lado.

Mi apá no decía nada. Se sentaba muy espichadito a fumarse sus cigarros en la banqueta de la casa. No le daba mucha importancia al asunto. La que siempre rezongaba era mi amá, pero qué

le iba a hacer. Como buenos Orcaza teníamos que atender al más viejo de la familia contra lo que fuera y contra quien fuera.

Una vez, mi tata me llevó para el otro pueblo. No estaba muy lejos, ni bien la pensaba cuando ya estábamos allá. Mi amá le dijo que ni se le ocurriera emborracharse porque si algo me pasaba, pues él se las iba a pagar todas de una buena vez. Le entró por un oído y le hizo túnel para salir por el otro lo que mi amá le dijo porque ni bien llegamos a Baldosas cuando ya estaba con la pachita de bacanora prendida del pico. A los amigos no se les desprecia, decía cada vez que le ofrecían la botellita.

Así era mi tata.

¡Ay, ay... don Zacarías, personalidad y mortaja...!, se lamentaba mi amá cada vez que lo tenía enfrente.

Nadie lo iba a cambiar, pues.

Lo que no me gustó fue que me agarrara de su bordoncito y así regresamos al pueblo. Me puso la mano en el hombro y a caminar. Entonces sí se me hizo eterno el camino. Dábamos un paso para delante y tres para atrás. Cuando llegamos sentí que había caminado más que en toda mi vida en el pueblo y eso que acá me la llevaba de baquetón en la calle.

Lo dejé en su casa. Ahí vivía sólo mi tata desde que mi nana se murió. Eso me daba mucha lástima. La casa de mi tata ya no era la misma. Le hace falta mujer, decía mi amá cuando me mandaba a dejarle su lonchecito y mi apá nada más movía la cabeza como diciendo que sí, que ella tenía razón. Y es que mi nana no entendió que se iba a morir si no la veía el doctor. Antes se aliviaba uno a la buena de Dios, decía mi amá, pero ahora, con el doctor en el centro de salud pues las cosas son diferentes. Nada más va uno, le esculca por todos lados el cuerpo con sus aparatos y ya, la receta, la pastillita y santo remedio. Eso no lo entendió mi nana. Por eso dejó solo a su viejo, mi tata. Quiso curarse con sus menjurjes hechos de puras hierbas. Ni bien le decían de una cuando ya estaba cociéndola para hacerse un té.

Pero de lo de mi nana ya hacía mucho tiempo.
Ya casi nadie se acordaba de eso.
Ni mi tata que estaba dale que dale con la Maruca Riquelme.

La Maruca dijo eso de que es puta, pero decente. Entonces entendí que es mala, pero es buena. Cosas así que me dejaban sonso mirándola para saber por qué era puta, pero decente. Esas mujeres son malas, le rezongaba mi amá a mi apá cuando él le decía que eso no importaba y terminaba con que el que se acostaba con ella no era por obligación. Mi amá decía que no había putas sino mujeres a las que les faltaba el dinero.

Mi tata no perdía la chancita de agarrarle algo a la Maruca. Los vi que se fueron a la cocina y, aunque hacía como que no los veía, pues lo escuchaba que se ponían de acuerdo.

Mi tata, nunca supe de dónde, pero tenía ese don de convencer a medio mundo. A mí no me convencía, a mí me tenía que ganar a los eructos para poder hacer lo que él me pidiera. Si no ganaba, pues iba y le contaba todo a mi amá que nomás me veía entrar a la casa se me lanzaba a preguntas, pero como una apuesta era de honor, como decía mi tata, pues le inventaba cosas para que no se mortificara por nosotros. Lo malo era que siempre me ganaba mi tata.

Eso no lo sabía mi amá por más amiga que fuera la Licha de ella, ni se daba por enterada.

Pos sí, Zacarías, siempre he querido, le dijo la Maruca a mi tata que la tenía bien atrincherada en la cocina.

Pos ahi'stá, tú te cumples el deseo y de pasadita me cumples el mío, Maruquita, le terqueó.

¿Y no se va a enojar la Chabela?, preguntó. Ya ves que luego ni me saluda cuando nos cruzamos en la calle.

Tú no le busques tres pies al gato..., dijo mi tata.

¡Ay, Zacarías, no me des alas que luego me puedo caer y a ver qué hago!, le dijo compungida.

Pues no te preocupes, allí está el chamaco, trátalo como tuyo y ya por la noche nos arreglamos, la convenció.

Cuando mi tata me trajo de regreso a mi casa, estaba tan contento que ni bien crucé la puerta mi amá me agarró a preguntas. Así, a la brava. ¿Por qué viene tan feliz el viejo? ¿Dónde estuvieron todo el santo día? ¿Cómo que no tienes hambre?, así me acatarró por un buen rato hasta que por fin dijo que lo bueno era que se divertía mi tata, que ya era hora de verlo empezar a hacer vida. Por honor, como buen perdedor, aguanté vara, nada de andar con sopladeras con mi amá. Mi apá no decía nada. Cuando llegué ya se había acostado y la estela del humo de sus cigarros empezaba a perderse en la noche.

En cuanto la Maruca dijo que estaba bueno mi tata salió de la cocina. Se acercó a mí y me dijo que me portara bien como si tuviera que decírmelo. Parece que no entendía que era un Orcaza y si algo teníamos los de mi familia era el respeto. Me quedé sentadito en la sala. Mi tata dijo que regresaría más tarde por mí.

Ni modo, pensé. Ojalá y que nadie le vaya con el cuento a mi amá porque si se entera va a arder Troya, como dice mi amá que aprendió eso en la escuela. Pensé que si dónde estaba Troya, por qué tenía que arder y muchas cosas así.

Ni bien se cerró la puerta detrás de mi tata cuando llegó la Maruca con una bandeja llena de galletas. La puso enfrente de mí. Después me dijo que si quería un poco de leche para pasármelas y le dije que sí, que con chocolate, por favor, si tenía. Luego se fue a la cocina, escuché el ruido de los trastes y otras cosas. También el de la cuchara revolviendo la leche con chocolate. Eso me hizo agua la boca.

Me trajo lo que le había pedido.

Después se sentó junto a mí y me preguntó que si me podía abrazar y cantar una canción.

Yo le dije que sí, pero que me cantara la misma canción de siempre porque me gustaba mucho.

Mientras ella cantaba, yo empezaba a comerme todo lo que me había servido. Cuando sabía que la Maruca Riquelme casi llegaba a la mitad de la canción, entonces empezaba a buscar la manera de pedirle más leche con chocolate.

Mi padre amaba las armas

ELLOS VAN A REGRESAR POR SUS muertos un día y no alcanzará el tiempo para arrepentirnos de haber corrido a los Lampazo del pueblo, siempre era lo mismo. Ni bien mi padre terminaba de cargar el tambor de la pistola cuando ya tenía la misma advertencia atrincherada en sus palabras.

Yo lo miré extender el brazo como una horizontal que el peso del metal no lograba pandear.

Así de fuerte era su voluntad.

La pistola, una vieja Colt cuyo origen se había perdido entre la historia de mi familia paterna y el destierro de los Lampazo, ahora sentía el cuerpo de la mano de mi padre agarfiarse alrededor de la cacha. El primer disparo retumbo en la inmensidad del monte. Cuando mi padre hablaba de los Lampazo nadie se aventuraba a decir algo que lo hiciera entrar en razón.

Así de grande era nuestro miedo.

Mi padre a duras penas conseguía mantenerlo dentro de él y, como un agua podrida, se trasminaba por la carne de su cuerpo hasta llenar todo de una humedad angustiante que empezaba a ahogarnos a mí y a mi madre. Él no lo sabía o parecía no saberlo.

Jamás logré cruzar la frontera de su silencio y, salvo la advertencia a permanecer al acecho por si los Lampazo regresaban, no había mucho que decir.

Yo ya estaba adentro.

Desde que los vi venir me metí a la casa y moví los muebles como pude para poder taparles todo: las puertas, las ventanas y

hasta las rendijitas más escuetas para que no pudieran ver por ahí, para que no se dieran cuenta de que adentro de la casa todavía estaba yo, vivo, sin saber si era para mi buena ventura o mi desgracia.

Recuerdo que era mediodía porque era cuando había más luz.

Uno se esperaría que ellos vinieran de noche, como una pesadilla, pero no, aprendieron a caminar bajo el sol. Antes era entre las sombras que lo hacían, pero se fueron acostumbrando a esa luz y ahora parece que hasta les mete fuerza porque ni bien empieza a amanecer cuando ya están los gritos de los que, para su mala suerte, no pudieron correr o simplemente abandonaron sus casas para salirles al paso y terminar así, muertos, de una buena vez y por todas.

Por eso yo ya estaba adentro de la casa.

El pueblo lucía completamente solo cuando llegué.

Me dio sabe qué no encontrar a los chamacos corriendo por donde quiera. Ni las mujeres en sus labores, ni los hombres en el campo. Todos estaban escondidos en alguna parte. Dejé mi carro junto a la casa de los Tapia y desde allí caminé hasta acá. Ni un alma.

Mi padre se volvió una calilla.

Conforme pasaba el tiempo, las armas se fueron amontonando en la caja donde las guardaba, en el ropero. Primero fueron las cortas y después las largas.

Mi madre ya ni mencionar aquella situación quería porque ni bien empezaba a tratar de buscar razones con mi padre, él enfocaba toda su agitación en un solo nombre con su respectiva amenaza. Los Lampazo van a llegar, decía, tenemos que estar preparados. Un día van a llegar, todos sus muertos están aquí. Para quien no puede ver a sus muertos no hay peor destino; sentenciaba mientras el trapo pulía el cuerpo de las armas.

Algo me decía que el odio de los Lampazo había terminado por encontrar en quien depositarlo. Mi padre era un contenedor imposible de llenar. El miedo lo desbordaba hasta ahogarnos en él.

Todos los de mi familia ya habían desaparecido y tenía que salir, a como diera lugar, a buscar a alguien y preguntarle por el paradero de ellos, pero el problema es que ni bien entré al pueblo, abandoné el carro allá por donde viven los Tapia casi donde empieza el camino, y a pie llegué a la casa. Tuve que hacerlo a salto de mata.

No es que supiera qué estaba pasando.

Simplemente era algo dentro de mí que no quería reconocer, darle un nombre, pero si alguien me hubiera visto, sabría que aquello era el miedo.

Cuando pasé por el panteón miré que las tumbas estaban abiertas, como si los muertos que las habitaban, de repente, hubieran sido llamados a una reunión. Me los imaginé caminando bajo el sol, lentamente, con la carne completamente podrida. Así era la sensación del miedo, un imaginarse cosas sin sentido.

Por eso dejé el carro allí, con los Tapia que viven a las afuera del pueblo.

La luz del sol ya estaba a pique, pesada, enrarecida.

Las casas parecían estar vacías.

Ni un ánima por ninguna parte.

La casa de mis padres estaba abandonada.

Busqué aquí y allá.

Pensé en salir a ver qué había pasado con los demás, pero el miedo me hacía llegar al umbral de la puerta y, desde allí, inten-

taba reconocer a alguien a lo lejos. Solamente veía sus sombras, pero sin pertenencia a nadie de los que yo había abandonado en el pueblo. Si hubieran sido de otra forma, créanmelo, sus dueños me habrían salido al paso, para saludarme, para darme noticias de mis padres.

No, las sombras se movían por todos lados, a plena luz.

Detrás de los árboles veía las siluetas estacionadas, detrás de los postes de la luz, detrás de todo lo que les ofreciera la posibilidad de irse acercando a donde yo me refugiaba.

Un día, sin más, mientras preparaba mi escapatoria, me di cuenta que las sombras ya estaban del otro lado de la puerta.

Me parapeté detrás de la pared que dividía el centro de la casa. Si lo pensaba bien, tendría mucho más tiempo del que había imaginado para planear la fuga.

En el ropero encontré un buen peltrecho de municiones y armas. Mi madre no les había ganado la batalla. Mi padre las amaba más que a nada en el mundo, incluso por encima de ella y de nosotros. Estas armas, decía, serán nuestra salvación cuando los Lampazo regresen. No las odies, mujer, son armas, nada más; le decía a mi madre tratando de convencerla.

Saqué el armamento y lo acomodé sobre la cama.

Como un milagro bíblico la primera pistola que mi padre trajera a la casa, para mortificaciones de mi madre, se había multiplicado. La madera del rifle tenía un olor diferente, como a bosques en medio del desierto. Quise pensar que era así.

Cuando se trataba de armas todo pasaba a un segundo término. Mi madre lo sabía. No era que pensara que las cargara el diablo o que podría sucedernos un accidente, sino que eran los celos de ver cómo las acariciaba mi padre, cómo las mantenía en buenas condiciones, cómo el trapo les daba más brillo que nada.

Eso era contra lo que luchaba mi madre.

Mi padre tenía en mente una lucha, en los días por venir, con-

tra un enemigo que se multiplicaba cada vez más. Los Lampazo vendrán como una jauría de bestias hambrientas, sus muertos no serán suficiente para su sed de venganza; profetizaba el viejo.

Lo veía ir al ropero, del cajón más alto, sacaba la caja de metal con su candado de combinación. Yo miraba como le temblaban las manos al darle vueltas de izquierda a derecha y después al revés.

No sé si los demás lo oían, pero yo sí. Ni bien decía mi padre veintiséis a la derecha, dos a la izquierda... cuando allí estaban los eslaboncitos del candado desatando su abrazo protector y entonces, después de quitar el candado, mi padre levantaba la tapadera de la caja muy despacio, tan despacio que todo parecía envejecer por unos instantes.

Luego todo se llenaba de luz.

Así era el amor de mi padre por las armas.

Me acerqué a la ventana.

Separé la cortina suavemente.

La luz entró al cuarto. Yo ya tenía la pistola en la mano. El miedo y la desesperación me hicieron traspasar límites que mi padre estableció nada más para satisfacer los reclamos de mi madre.

Los vi pasar. No eran ellos sino sus sombras, agazapadas. No corrían. Simplemente caminaban como si tuvieran todo el tiempo del mundo para estar allí y nosotros adentro. Así pensé, nosotros, porque me negaba a la idea de que era el único que sobrevivía a su miedo en medio de la nada que ahora era el pueblo.

La angustia me hacía pensar muchas cosas. Las tumbas abiertas vomitando la tierra hacia el aire libre. No eran muchas. A lo más unas tres o cuatro. El pueblo era pequeño. El panteón tenía todas las miras de empezar a crecer muy pronto, más pronto de lo que todos lo hubieran pensado. Luego pensaba en mi familia

y el miedo se me enculaba sin que pudiera hacer maldita sea la cosa, pero yo estaba adentro de la casa y eso ya era ventaja. Así pensaba para no caer al suelo con mi temor a cuestas, boqueando como pescado que acaban de sacar del agua.

El mediodía se había detenido afuera y ahora era un filo de luz que cortaba todo en dos.

La casa estaba llena de sombras impropias. No era de noche y ya estaban allí. Me hacían tantear por donde iba. Salí del cuarto con la pistola fajada a la cintura. Podía escuchar el tintineo de las balas dentro de tambor. Su peso me hundía por donde caminaba. Me imaginé que si me detenía en un solo lugar por más de un segundo, la tierra me tragaría para siempre. Así era.

En la cocina encontré los mismos platos servidos en la mesa de hacía ya varios días. El moho se había acumulado y unas manchas verdes flotaban sobre la superficie del caldo. Las tortillas estaban duras. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que mi madre había servido esa última comida?, pensé para tener una idea de la duración de todo aquello. No más de un par de semanas, fue mi conclusión.

El pueblo se cimbraba cada vez que el gatillo percutía y el sonido del balazo se iba por todas partes con su eco que parecía no tener fin. La pistola me cansaba el brazo. Desde la mesa del cerro, allá abajo, podía ver a todos caminar indiferentes al poder que se acumulaba en mi mano.

Extiende el brazo, así, como si tuvieras una barra, hacia el frente, me ordenaba mi padre y el cansancio me engarrotaba todo.

Una, dos, tres... muchas veces la repetición de todo aquello.

Después apareció el rifle.

El tronido que hacía me derrumbaba a los pies de mi padre.

Luego me levantaba, lo cargaba y volvía a disparar para volver a caer.

Parecía cuento de nunca acabar.

Mi madre no entendía o no quería entender. Aquello era cosa de hombres, decía el viejo cada vez más seguro, lo podía sentir en su respiración agitada, de que los Lampazo no tardaban en llegar al pueblo y recuperar los cuerpos que se podrían en el panteón.

Primero fueron las latas, luego fueron unos pájaros, después los jabalíes y venados..., mi padre dijo que ya no era necesario volver a la mesa, que la practica hace al maestro, que lo que bien se aprende nunca se olvida. Me quitó la pistola y, cuando regresamos a casa, la guardó en la caja dentro del ropero, junto con el rifle. Después llegarían otras armas a soportar la soledad de ese rincón.

Luego salió y sus palabras fueron el límite que me dijeron que todo aquello quedaba vedado para mí.

Mi madre dijo que me olvidara de esas cosas si no quería que se llevara con el Jesús en la boca.

No estaba en mí decidir.

Mi padre fue quien estableció la prohibición.

No estaba seguro si alguien había llamado a la puerta. La pistola apareció en mi mano, decidida a derrumbar el mundo adentro de la casa.

El miedo me trabó las quijadas.

Por nada del mundo iba a abrir la puerta.

Los golpes eran suaves, como una caricia que se amoldaba a la madera.

Mi atención se volvió un solo punto a la altura de la cerradura y luego aquel resuello me llegó de súbito para llenar el silencio.

Porque algún día van a regresar por ellos, dijo mi padre mientras liaba un cigarro.

El olor de las hojas secas de tabaco tenía la fuerza suficiente para despertar a todos dentro de la casa.

No lo harán, viejo. Nadie tiene derecho a eso; le respingaba mi madre desde donde estuviera porque dentro de la casa ella parecía multiplicarse para estar en todas partes.

Lo mejor es que ya grandecito se vaya, que regrese cuando ellos ya no sean esta amenaza y todo se haya acabado; mi padre hablaba como si yo no estuviera allí.

Así decidían mi destino antes de dormir.

El día que me largué del pueblo fue uno cualquiera. Mis padres se fueron a la cama. Les evité la pena de seguir aquellas discusiones que empezaba a ver sin ningún sentido. En el aire de la casa todavía flotaba el olor a aceite que lubricaba el mecanismo de la pistola, del rifle.

Lo respiré profundamente.

Ése era el olor de mi padre combinado con el miedo.

El camino era el otro límite que mi madre me había pedido que no cruzara nunca.

No tiene fin, dijo mi padre. Una vez que empiezas a caminar ya nadie te para hasta que la muerte te sacude la cabeza y sabes que hay alguien atrás, esperándote; terminó mientras lustraba la madera del rifle. Las balas, sobre la mesa, brillaban bajo la luz del foco.

En mis manos, aquellas armas habían dejado su memoria.

Así fue cuando me fui.

Las sombras se movían del otro lado de la puerta. No eran sombras alargadas que se metieran a la casa por esa ranura entre el piso y la madera, no, eran sombras que se encajaban en el suelo junto con el filo del mediodía. Las presentía afuera, rodeando la casa.

Me alejé rumbo al rincón donde había estado parapetado.

El rifle encontró en las manos del hombre que ahora era lo que jamás halló en las del niño que fui.

Las armas son para hombres, pero cuando sabes que no tienes a nadie más, cuando la vida depende nada más de una persona, entonces pueden tener el dueño que se les antoje, recordé las palabras de mi padre.

Ahora que el cuerpo del rifle se amoldaba a mi miedo, lo entendía perfectamente.

Ni bien vi las tumbas abiertas desde el camino cuando ya sabía que ellos habían regresado. Por eso dejé mi carro allá, a las afuera y a salto de mata llegué hasta la casa. No escuché ningún ruido. Solamente a lo lejos las sombras, lentas, a la espera de que yo llegara de la vagancia. ¿Cuántos años habían pasado? No lo recordaba, pero la pequeñez del rifle que antes me parecía enorme, me dijo que muchos.

Así medí el tiempo de mi ausencia en la vida de mis padres.

El resuello se había hecho más fuerte dentro de la casa. El sonido empezaba a desprenderse del silencio. Antes no lo había escuchado, antes podía llegar a la puerta de la casa y pensar en una salida a todo aquello. Puse mi atención en ese hilo que inundaba la casa, lo escuché. Como un perro lo pesqué en el aire, lo seguí hasta una de las cómodas que estaban en el cuarto.

Antes de mover el mueble pregunté una, dos o tres veces por algún signo que me dijera que no estaba solo.

Nadie respondió.

Moví el mueble. Tenía el peso del mundo sobre él. Las fuerzas empezaban a fallarme. No había comido y el agua de la tinaja empezaba a dejar un perímetro blanco hacia el fondo de la olla de barro.

Tendría que salir muy pronto.

Cuando tuviera que hacerlo, lo haría; pensé en todas las posibilidades para poder sobrevivir a todo aquello, pero todas terminaban con mi muerte.

Conforme movía la cómoda, el resuello se iba llenando de ansiedad. Hasta me dolía escucharlo encerrado en esa parte de la casa. Entonces empuje el mueble que cayó en el suelo para destrozarse completamente. Detrás de él, en el interior de la pared, mis padres se habían refugiado en un hueco del espesor de su flacura. En la parte posterior de la cómoda habían hecho un hueco por donde sujetaron una cuerda. Así fue como, me imaginé, después de acomodarse dentro del nicho, jalaron la cómoda hasta que pareciera normal todo aquello dentro del cuarto.

Los dos ya habían muerto.

Algunas ratas habían encontrado el camino hasta la carne fresca de sus cadáveres y ahora, allí, estaba su osamenta blanquísima queriendo llenar las ropas sin lograrlo.

Me imaginé que el resuello que cortaba el aire encerrado en el escondite era del mi madre y no el mío cargado de miedo; me imaginé que ella, en la agonía de la muerte fermentándole adentro de sus ojos, me miraba largamente como si intentara encontrar en mi rostro las facciones del niño que tanto protegió hasta que un día, ese niño, ya joven, la liberara de esa condena que compartía con mi padre.

¡Ah, José!, me pareció escuchar su voz que me llegó convulsionada por la sorpresa y el llanto. Ya estás grande, ya tienes el permiso para usar las armas, terminó y con su mano ya tocada por un peso ajeno a la vida, me señaló el ropero donde mi padre guardaba las armas que tanto amó.

Entonces, con ese gesto que me autorizaba hacer uso de ellas, entendí en ese instante que todos, ese día, habíamos regresado por nuestros muertos.

Los Lampazo lo hubieran entendido perfectamente si se los hubiera explicado, pero yo ya no tenía tiempo para eso. Mi resuello empezaba a agotarse.

La hora de los sirvientes

LOS SIRVIENTES VENDRÁN HOY, me dice mi padre y me da un beso en la frente. Yo todavía no me despierto del todo y siento sus labios húmedos. Luego se separa, me acaricia el cabello. Intento abrir los ojos pero los siento como aldabones que el sueño le puso a mis párpados.

Mi padre me disculpa y me dice que no me preocupe, que siga así.

Después mi madre.

Entre dormido y despierto escucho el motor del carro al encenderse y llena la madrugada de un rumor ahogado donde se adivina el viaje.

Mi madre deja otro beso donde mi padre abandonó el suyo.

Huelo su perfume, a flores.

Así es mi madre cuando está feliz, cuando sabe que en la ciudad hará de las suyas en las tiendas de ropa. Sin abrir los ojos me imagino todo lo que va a comprar: vestidos, zapatillas, cosas para la casa y, si bien me va, me traerá un chocolate que en su etiqueta dice que está hecho en Suiza.

Con esa delicia jugaran conmigo al gato y al ratón, se lo aventarán uno al otro mientras yo trato de alcanzarlo para quitarle la envoltura y comérmelo en el jardín, solo, como me gusta.

No voy con ellos no porque sea una molestia sino porque es mejor así. Ellos felices en su viaje a la ciudad y yo aquí, con los sirvientes. Al final de cuentas tengo que ser derecho con ellos y les he dicho que no me gusta ir, que me da miedo tanto carro, tanta gente.

En cambio, aquí en la casa, me muevo a mis anchas. Además, como quiera que sea, mis padres tienen derecho a estar solos. Creo que saben a qué me refiero.

Nada más uno tuvimos, para darle lo mejor de la vida; dice mi mamá a sus nuevas amigas cuando le preguntan si soy hijo único.

Los sirvientes son dos, una pareja que bien podrían ser mis padres porque tienen más o menos la misma edad, las mismas facciones, incluso, a veces, cuando mis padres no están y los sirvientes vienen a quedarse conmigo, he descubierto ciertos moditos de hablar que les han copiado a los ausentes.

No me importa en lo más mínimo.

Ella se llama Amelia y él Nicanor. Ni bien sale el sol para decirme que estoy solo en la casa cuando ellos llegan. Me da coraje porque no me dan oportunidad de estar solo. Sí, son los sirvientes, pero deberían de entender que su presencia me enoja al grado de mantenerme encerrado por un buen rato dentro de mi cuarto.

Amelia no conoce la vergüenza.

Entra sin tocar, sin saber qué podría estar haciendo yo con mis manos debajo de las sábanas. Mejor me hago el dormido hasta que, de plano, cuando abre las cortinas de par en par y el sol se desborda por la ventana, me tengo que levantar arrastrando la modorra por todas partes.

El Nicanor ni cuenta se da porque se la pasa en el jardín dizque arreglándolo.

Cuando llegan los sirvientes es que me arrepiento de no haber acompañado a mis padres. Muy bien podría hacer a un lado mi necedad de que me asusta el carrerío y la gente. Pero siempre es lo mismo, ni bien planean la ida a la ciudad cuando ya estoy con el pretexto para no ir con ellos.

Por las tardes, cuando las actividades de la casa empiezan a escasear y nos preparamos para la cena, Nicanor abre la puerta donde guarda las botellas, toma una, la destapa y la huele como todo un conocedor para luego empinársela. Si mi papá supiera eso vomitaría del asco. Ni él, que es el dueño de todo aquello, le toma así, a cuello, pues mucho menos aceptaría que el sirviente lo hiciera. Luego lanza un gemido de pura satisfacción como para hacerme enojar porque Nicanor sabe que lo estaba viendo en la imagen del espejo.

Yo mejor no digo nada para que no haya broncas entre ellos y mis padres. Mi mamá siempre está diciendo que en el pueblo la gente no quiere trabajar, que por eso se mueren de hambre. Primero al hoyo que mover un güevo, dice mi papá siempre que ella comenta eso de los del pueblo. Por eso los sirvientes son siempre Amelia y Nicanor. Nunca han venido otros. Más vale diablo por conocido..., dice siempre mi mamá a sabiendas que no hay más y, si los hubiera, no me quiero ni imaginar lo que harían en la casa.

Amelia se mide la ropa de mamá. La he visto, pero ella no sospecha nada. Los sirvientes hacen como si no existiera, como si fuera un fantasma al que se le ha olvidado marcharse. Pero no soy un aparecido ni mucho menos. Amelia me avienta el desayuno en la mesa y se enoja si le pido que me vuelva a servir, si me quejó de que la comida está fría. No le gusta a ella ni a mi brazo que me pellizca cada que la molesto con sus obligaciones.

Nicanor se sienta en el sillón de mi papá en el estudio. Le esculca por todas partes en el escritorio hasta que da con la caja de puros. Agarra uno y se lo hecho a la bolsa de la camisa. Mi papá tiene tantos que no creo que se dé cuenta que uno o el que se fuma Nicanor, ya no están dentro de la caja.

Al principio Nicanor no le agarraba modo.

Yo creo que se fumó el primer puro nomás por hacer el daño.

Tosía cada vez que le daba la chupada y se fue acostumbrando porque ellos sí que saben lo que es bueno.

Yo no me acostumbro a ellos como no me acostumbro a la ciudad.

Mis padres viven para sus viajes cada mes. Mi mamá hace una lista enorme de cosas que va a comprar porque las necesita, cosa que dudo cuando veo que tiene más zapatillas que todas las mujeres del pueblo juntas, creo. A veces me da lástima ver tanto zapato almacenado.

Ni bien llega Amelia cuando, después de despertarme y darme desayuno, corre a la recámara de mis padres.

Sé a lo que va.

Uno tras otro los vestidos desfilan por su cuerpo, luego las zapatillas. No le importa que sus pies parezcan jamones de tan apretadas que le quedan. No, nada de eso importa y cuando sale ya es otra.

El olor a primaveras que deja por donde pasa me recuerda a mi mamá. La veo ir y venir enzapatillada por toda la casa. Los tacones, pandeaditos por el peso, van dejando ese TAC, TAC, TAC, que se mete en mi cabeza como el sonido de un taladro que no desaparecerá hasta la hora de irnos a acostar.

Aunque mis padres los contratan para que vengan a mantener la casa limpia, ellos saben que no es así. Mi mamá se pone como loca nada más de pensar que los sirvientes encuentren un tiradero y allí anda con la escoba, el recogedor y el trapeador.

La casa rechina de tan limpia que se las deja.

Unos cuantos días, dice mi papá, desde la sala donde limpia sus botas y disfruta el whisky lleno de las babas de Nicanor.

Nunca le he dicho nada.

No me creerían si lo hiciera.

Sí, a lo más cuatro, le responde mi mamá desde la cocina. Yo

estoy en medio, en el comedor, mirando cómo se olvidan de mí en cuanto la palabra viaje surge en una de sus conversaciones. Yo les he creado esa ausencia. No me gusta salir de la casa para acompañarlos, así es simplemente.

Desde que dicen viajecito es que ya está próximo a suceder. Entonces mi mamá hace los arreglos en la escuela del pueblo. El maestro no se preocupa por mi ausencia. Hace mucho que no le preocupa nada y se limita a darle el avión a mis padres que insisten en la importancia de viajar a la ciudad. Cosas de negocios, un familiar a las puertas de la muerte, miles de cosas como pretextos que no les faltan. El maestro dice algo del periodo de exámenes, las faltas, pero a él tampoco le importa y lo hace nada más para cumplir con su papel.

Después mi mamá les habla a los sirvientes que tendré por esos cuatro días. Incluido el fin de semana, serán seis. Mi papá llama a la ciudad, hace reservaciones en algún hotel barato para no gastar de más y, de ser posible, evitarlos con importunar a algún familiar que, entre caras y gestos, les dirá que sí, que allí tienen su casa. Ninguno tendrá la decencia de decir la verdad, de que ya no es posible tanta desvergüenza, con tanto dinero que tienen, que se están pudriendo en la riqueza; muchas cosas más que se quedarán en el silencio con que el familiar los salude cada vez que se levanten y allí estén mis padres, inoportunos, que no lo dejan andar en calzoncillos, a gusto, en su propia casa. Al tanto de los días, se despedirán y en el camino echarán pestes contra el familiar en turno por lo mal que los atendió.

Amelia y Nicanor no paran de ser mis padres. Me ignoran con una mano en la cintura. A lo mejor estoy muerto y por algo me quedé aquí, pienso, pero sé que no es así. Aquí estoy para darles lata aunque no les guste.

Amelia ya es mi madre completamente. Hasta se acerca para dejarme el beso pintado en la frente. Nicanor le saca brillo a las

estoy en medio, en el comedor, mirando cómo se olvidan de mí en cuanto la palabra viaje surge en una de sus conversaciones. Yo les he creado esa ausencia. No me gusta salir de la casa para acompañarlos, así es simplemente.

Desde que dicen viajecito es que ya está próximo a suceder. Entonces mi mamá hace los arreglos en la escuela del pueblo. El maestro no se preocupa por mi ausencia. Hace mucho que no le preocupa nada y se limita a darle el avión a mis padres que insisten en la importancia de viajar a la ciudad. Cosas de negocios, un familiar a las puertas de la muerte, miles de cosas como pretextos que no les faltan. El maestro dice algo del periodo de exámenes, las faltas, pero a él tampoco le importa y lo hace nada más para cumplir con su papel.

Después mi mamá les habla a los sirvientes que tendré por esos cuatro días. Incluido el fin de semana, serán seis. Mi papá llama a la ciudad, hace reservaciones en algún hotel barato para no gastar de más y, de ser posible, evitarlos con importunar a algún familiar que, entre caras y gestos, les dirá que sí, que allí tienen su casa. Ninguno tendrá la decencia de decir la verdad, de que ya no es posible tanta desvergüenza, con tanto dinero que tienen, que se están pudriendo en la riqueza; muchas cosas más que se quedarán en el silencio con que el familiar los salude cada vez que se levanten y allí estén mis padres, inoportunos, que no lo dejan andar en calzoncillos, a gusto, en su propia casa. Al tanto de los días, se despedirán y en el camino echarán pestes contra el familiar en turno por lo mal que los atendió.

Amelia y Nicanor no paran de ser mis padres. Me ignoran con una mano en la cintura. A lo mejor estoy muerto y por algo me quedé aquí, pienso, pero sé que no es así. Aquí estoy para darles lata aunque no les guste.

Amelia ya es mi madre completamente. Hasta se acerca para dejarme el beso pintado en la frente. Nicanor le saca brillo a las

botas que, por unos cuantos días, serán de él como los pantalones, las camisolas, los cintos y todo lo que pertenece a mi padre.

Yo los miro disfrutar de la casa como mis padres nunca lo han hecho.

Pero más que la casa, disfrutan todo lo que les pertenece por unos días.

Amelia, cuando estamos en el comedor, le sonríe a Nicanor.

Cada uno está sentado en un extremo de la mesa y justo a la altura de en medio me encuentro sentado yo. Le pasamos los platos a Amelia para iniciar la ronda de la comida. Primero la sopa, luego el pan. Terminamos.

Amelia va por el estofado de res.

Nos sirve.

El cucharón entra en la olla y sale humeante para dejar caer la comida sobre los platos.

Cenamos en silencio.

Nicanor, aunque no le gusta, se sirve un poco de vino tinto y otro tanto para Amelia. A mí me dan un poco mezclado con agua para que no se me suba de más.

Terminamos y después de ver la televisión en la sala, Amelia me obliga ir a la cama. Siempre es así.

Nicanor la mira como mi papá mira a mi mamá cuando lleva ese vestido color turquesa que se le ajusta hacia abajo desde las caderas.

A mí me gusta mucho ese color.

Papá siempre se le acerca en la cocina cuando ella pone todo en su lugar. La abraza por detrás y le mete las manos por debajo de los brazos. Así la tiene por un buen rato hasta que mi mamá se lo quita de encima con algún pretexto. Mi papá sale al jardín a fumarse un puro. Allí se quedará hasta que sea la hora de dormir.

Así mira Nicanor a Amelia.

Yo me apuro a meterme a la cama. No tengo sueño, pero Amelia me dice que la noche se hizo para dormir. No le pido más explicaciones. Después escucho que Amelia entra a la recámara de mis padres, la escucho decir cosas casi en silencio, como un rumor que apenas logra atravesar la pared a la que pego mi oreja.

Nicanor le dice que se meta a la cama, que se ponga la bata que tanto le gusta. Amelia le dice que sí, que no se desespere, que todavía faltan dos días para que mis padres regresen. Entonces escucho risas y los resortes de la cama que rechinan muy suavemente.

Mientras ese sonido me adormece siento una envidia enorme de no ser Nicanor, de no aprovechar que mis padres se fueron a la ciudad a comprar tantas cosas que necesitamos para la casa, de no estar con Amelia en la recámara de mis padres donde ella ahoga su risita contra la almohada.

Todo eso me da envidia y me duele ser el hijo único de mis padres, de no tener una hermana con quien jugar por las noches, como la tiene Nicanor.

Vértigo

LA JUVENTUD DEL MÉDICO LE dijo a mi padre que no podía confiar en él.

Para mi padre juventud e inexperiencia iban de la mano.

El médico le auscultó varias veces el estómago, luego el estetoscopio en la espalda y, al final, con una lamparita de mano le iluminó los ojos. La luz entró en la cabeza de mi padre para decirle al médico que todo estaba bien con la córnea, que no presentaba ulceraciones, raspaduras o cualquier otro tipo de lesión.

Luego levantó el dedo índice de la mano derecha y le pidió que lo siguiera con la mirada.

El dedo se movió de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha.

Yo conté las veces, fueron cinco antes de que mi padre, con sus manos temblorosas, se apoyara en el descansabrazos de la silla y, tras murmurar algo sin sentido, se desplomara en el piso del consultorio.

El médico le pidió que se quedara así, sin moverse y pidió auxilio a una enfermera que entró con un olor a cloro que la hacía brillar por donde pasaba. Su uniforme era de una blancura casi inmaculada a no ser porque, si te detenías a mirar bien el vasto color blanco con que se vestía, podías ver pequeñísimas gotas donde había salpicado la sangre de algún paciente.

Entre el médico y la enfermera levantaron a mi padre.

La silla de ruedas abandonaba un rechinido muy molesto conforme ellos avanzaban por el pasillo que iba a dar a la sala de ingresos.

Yo iba detrás.

Nadie dijo nada cuando me acerqué a mi padre y le pedí que me diera la llave de la casa. Él se metió las manos en la bolsa del pantalón y sacó el pedazo de metal con sus dientecitos ya muy desgastados.

El médico le pidió que no se moviera más, que se mantuviera así, quieto en la cama. Mi padre obedeció sin decir nada.

La enfermera regresó con una bolsa y una bata.

Yo lo ayudé a cambiarse.

La bolsa tenía el peso de mi padre: unos pantalones, una camisola, las tehuas, el cinto al que se le empezaba a desprender la piel, la cartera vacía y unas cuantas monedas que sonajeaban conforme me dirigía a la salida.

El hospital no era muy grande. Se limitaba a la recepción, la sala de espera, el consultorio y un área de ingresos con dos camas donde mi padre tendría que esperar por los resultados del laboratorio que el médico había ordenado para el día siguiente.

En ayunas, le dijo. Después se puede comer el mundo, agregó y mi padre dijo algo que terminó con una chingada. Yo me le quedé mirando para indicarle que aquel no era el lugar para hablar así. El médico soltó la carcajada junto con mi padre. Algo me dijo que toda andaba bien.

El pueblo no merecía todavía un quirófano con su respectiva área de recuperación. Si alguien tenía la mala fortuna de necesitar una cirugía entonces emprendía el viaje de días rumbo a la ciudad.

Allá se perdían para siempre.

La ciudad se tragaba a los del pueblo.

No los dejaba regresar.

Ni bien salían por el camino que iba a la carretera rumbo a la ciudad, cuando ya estaban pensando en mandar por la familia que se quedaba atrás.

Así pasaba siempre: vivos y muertos, se nos iban.

Al siguiente día, me sentí feliz cuando el médico clavó su mirada en mi ignorancia y me dijo que si venía alguien más conmigo. Le contesté que no, que nada más éramos mi padre y yo, solos en el mundo.

Bueno, dijo como si aquello le hubiera causado una gran molestia.

Me explicó que no era necesario mandar a mi padre a ningún lado sin antes ver los resultados de los análisis. Por mientras se podía quedar bajo observación. Me dijo que le preocupaba la caída que había sufrido. Luego mencionó los mareos y las tarantas. El nombre de la condición que el médico había diagnosticado no tenía nada que ver con mi padre. Sin embargo, lo acepté como se acepta la verdad absoluta del mundo.

Cuando entré a ver a mi padre la enfermera ya lo había bañado y le había puesto una bata limpia.

Tuve que asearlo porque se hizo en la cama y no tenemos pañales para adulto, dijo ella a manera de disculpa. Yo le hubiera ayudado de no ser porque el médico me retuvo en su consultorio donde me explicó más de tres veces la condición de mi padre. A la cuarta me sentí cansado y con ganas de vomitar. ¿Entendiste?, me preguntó y le confirmé con un movimiento de cabeza. Yo no quería hablar porque él se agarraba de cualquier palabra para volver a su explicación que me entraba por un oído y me salía por el otro. Así sentía la cabeza: hueca.

Al final seguía pensando que esa condición física, la que me revelara el médico, no le correspondía a mi padre sino a alguien de allá, de la ciudad, algún ricachón que puede darse el lujo de tener enfermedades de nombres raros.

Mi padre me sonrió. Tenía la ausencia de casi todos los dientes a flor de labios. Yo le devolví la sonrisa. Me gustó verlo así, feliz

de estar allí, en esa cama, con las sábanas de un color verde que se deslavaba cada vez más. Me imagine a la persona encargada de hacerlo. ¿Cómo se protegía de tanta infección acumulada sobre las sábanas? Si la enfermera, pensé, tiene esas manchitas de sangre por donde quiera en el uniforme, no me quiero ni imaginar cómo terminan las sábanas. Mi padre me preguntó por la casa.

Todo bien, le dije, no te preocupes.

Así fue al día siguiente.

Y al otro, también.

Parece que vienen en tortuga, le dijo al médico cuando éste le dijo que todavía no llegaban los resultados. Mi padre, que se mostraba feliz los primeros días, había terminado por mascullar las palabras detrás de una máscara de tedio.

La presencia de la enfermera empezó a mezclarse con las cosas.

Muy pronto ninguno de los dos le poníamos atención a lo que nos rodeaba dentro del área de ingresos que, por la permanencia de mi padre, terminó por volverse de internados.

Todos los días iba y venía.

Ni bien cantaban los gallos en los corrales cuando me metía a bañar, me cambiaba y agarraba camino rumbo al hospital. El doctor me ofreció la otra cama para pasar las noches junto a mi padre y no tuviera que hacer aquella rutina diaria.

Se lo agradecí.

Mi padre, con el cansancio de los días, también le dio las gracias.

Decidí continuar con mis idas y venidas. A veces, cuando la tarde empezaba a oscurecer más temprano, mi padre me pedía que iniciara el regreso. Así lo hacía con tal de no contrariar su voluntad.

El invierno había llegado más pronto de lo que imaginé al principio.

Todo lo que los haga sentir bien anímicamente es muy bueno para la salud de los enfermos, dijo la enfermera mientras descorría la cortina.

La luz del sol llenó el área de internados.

Mi padre dijo que aquella luz no tenía la misma claridad de otros días. Yo no dije nada pensando en la recomendación de la enfermera. Cuando ella salió, la pregunta me pegó de lleno en la cabeza: ¿enfermos?

Miré a nuestro alrededor.

Allí estábamos los dos: mi padre y yo, sin tener nada más que decirnos.

Permanecí en silencio.

Mi padre miraba aquella luz que no era la misma de siempre.

Yo también.

Hacia el final de año, el médico recibió la notificación por la Universidad de que su servicio social había concluido satisfactoriamente. Entró a la sala de internados, nos miró por un largo rato y después de auscultar a mi padre, nos dio la noticia.

Al día siguiente la enfermera me recibió más amable que de costumbre.

El uniforme blanquísimo.

Nos dio la noticia de que otro médico llegaría entrando el año siguiente. Mi padre se limitó a no mencionar una sola palabra al respecto. Simplemente me miró con la misma tristeza que se había acumulado en su mirada de un tiempo a la fecha. Yo le dije a la enfermera que me daba mucho gusto y le pregunté si los resultados habían llegado. Me dijo que vería el expediente correspondiente y se alejó rumbo a donde tenían archivados los documentos.

Me fijé en sus piernas. Las medias blancas se ajustaban para dejar que el color de la piel morena se transparentara.

Mi padre me preguntó que si qué esperaba para sacarlo de allí, que ya estaba harto de esa cama y me di cuenta de que sus carnes se habían consumido, que aquel hombre, con la piel pegándose a los huesos, difícilmente podría ser mi padre. Solamente su voz tenía el rasgo de siempre, pero ahora parecía llegarme desde un pozo tan hondo que a duras penas alcanzaba a librar el silencio.

La enfermera entró con el expediente en la mano.

Sobre la portada estaba el número asignado.

Aquí están, dijo llena de seguridad.

Los dos la miramos con la ansiedad de saber si aquel papel decía algo más que una serie de números y palabras que ninguno de los dos entendíamos. A ver, dijo la enfermera y se concentró en la lectura de los resultados.

Bien, dijo una vez.

¡Ah!, un poco alto, pero todavía tolerable, volvió a decir como si nosotros no estuviéramos allí.

Esto sí está algo arribita, pero con una buena dieta se nivela, metió el papel dentro del expediente.

Todo está bien con tu papá, confirmó lo que yo ya empezaba a intuir.

Entonces mi padre dijo que si cuando lo iban a dejar salir de allí, así, como si de pronto el hospital fuera un lugar ajeno a su posibilidad de una recuperación plena. En realidad no había qué recuperar. Todo había estado allí, dentro de él, desde siempre. Yo le dije que no se preocupara, que de seguro al siguiente día ya nos podríamos ir de allí. Me sentí incómodo, como si yo fuera el enfermo, como si yo no tuviera la voluntad de ir y venir a donde me diera la gana; me sentí incómodo porque el enfermo era mi padre, pero aquel papel, el que la enfermera había guardado, decía que todo andaba bien dentro de él y que todo aquel tiempo, ya habían pasado más de dos meses, nos habíamos anclado a una cama sin ninguna necesidad.

Yo no los puedo dejar salir, dijo la enfermera. Necesitamos que el nuevo médico llegue y él dé la orden de alta para tu padre, eso dijo. ¡Ojalá y no me den guardia la nochebuena ni la víspera de año nuevo! ¡Odio trabajar esos días!, agregó una sonrisa a lo que había dicho.

Los gallos cantaron cuando ya casi llegaba al hospital. El amanecer era frío. La mano que sujetaba la bolsa con las pertenencias de mi padre la empecé a sentir entumida.

Me di cuenta de eso cuando empuje la puerta.

Un piquete surgió desde la punta de los dedos hacia el brazo.

El guardia se encontraba dentro del consultorio completamente dormido sobre el escritorio que resumaba la ausencia del médico. Lo miré cuando crucé rumbo a la sala de internados. La boca abierta y la trasparencia luminosa del hilo de baba me dieron la seguridad de que no despertaría si éramos cuidadosos.

Mi padre estaba ya sentado a la orilla de la cama.

Me apuré a sacar las cosas: un pantalón, la camisola, los calzoncillos, unos calcetines que necesitaban ser remendados y sus tehuas. Me quité la segunda chamarra que me había puesto encima de la mía.

Todo fue rápido. Me daba pena encontrarme en aquella situación.

Mis manos apresuradas vestían el esqueleto de mi padre. Rapidito, m´ijo, rapidito, antes de que llegue esa aura vestida de blanco, decía el viejo.

El odio hacia la enfermera no era verdadero sino una consecuencia del hastío de los días dentro de aquel cuarto.

Sí, apá, rápido, ándele, le dije y le quite la bata.

Luego el ritual de ponerle prenda por prenda pensando en que si se me caía, allí, en el piso de cemento, quedarían los pedazos de mi padre y nadie me ayudaría a levantarlos, ponerlos juntos.

No pasó nada que no hubiéramos previsto.

Cuando terminé de peinarlo, en la mirada de mi padre encontré la misma mirada que tenía antes. Lo tomé en los brazos y salí con él del hospital rumbo a la casa.

Apenas amanecía.

Los días repetidos

LOS HÚNGAROS INSTALARON TODOS sus cachivaches en el llano. Ni tardos ni perezosos levantaron la carpa, sujetaron la pantalla y uno de ellos, el patriarca que todos conocían con el nombre de Monserrat, sacó el anuncio de la función y lo pegó a la pared del remolque.

Santiago Norma no fue a pedirles explicación o a exigirles que pagaran el impuesto correspondiente por el uso del lugar. Siempre era así. Con los forasteros llegaba la muerte de los días repetidos, hasta el cansancio, llenos de aburrimiento y desolación. Muchos pensaron que él había sentido miedo aunque los dimes y diretes que corrieron por el pueblo se refirieron a la precaución de no incomodarlos para que no levantaran sus cosas y se fueran a otros pueblos donde los días se repetían de la misma manera.

Hacía tanto que no venían con su lámpara mágica que la indisposición de Santiago Norma era un detalle mínimo ante el aburrimiento que conectaba el ánimo de todos. En ese entonces el pueblo era pequeño y el aburrimiento mucho. Santiago Norma sentía aquella desolación en las entrañas, y por eso veía a los húngaros como enviados por Dios, que le decía que algo tenía que ponerle fin a la monotonía de los días.

Santiago no fue ni esa mañana ni tampoco iría al siguiente día. A todos los del pueblo eso sí les pareció demasiada condescendencia con aquellos bandidos.

Yo sé lo que hago, mujer, le dijo Norma a su esposa esa noche.

Pero estos habladores del pueblo no saben lo que tú sabes, Santiago, le contestó ella con el gato del sueño acomodándose a sus anchas en los ojos.

Durmieron toda la noche. Al amanecer las partes del cuerpo les pesaban como aldabones que difícilmente lograban levantar para los quehaceres más simples.

Así sobrevivieron ese día.

Y es que ni bien entraban los húngaros al pueblo cuando empezaban a desaparecer las cosas. Parecía cosa del diablo, decían muchos que no se acostumbraban al robo concienzudo por parte de los recién llegados. Luego las mujeres endemoniadas, hablando de futuros que necesitaban ser revelados o se perderían para siempre en la palma de las manos de muchos. Las maldiciones entre dientes ante la negativa del posible cliente en turno.

Cosas de húngaros, decía Santiago Norma sin atinar qué hacer al respecto de la demanda de justicia que algún vecino le pedía cuando, sin evidencia alguna, llegaba a denunciar un crimen a la comisaría.

¿Estás seguro que fueron ellos?, le preguntaba a la persona.

No, respondía el acusador.

¿Alguien que los haya visto?, cuestionaba.

Nadie, con eso de que todos nos metemos en la carpa, pos no hay testigos, Norma; se excusaba.

Tienes algo, no sé, alguna evidencia; requería.

No, no tengo pruebas, pero estoy segurito que fueron ellos, respondía el otro.

Pos sin evidencias no puedo hacer nada, terminaba por cerrar la conversación.

Nadie sabía cuándo fue la primera vez que los húngaros llegaron al pueblo para inundarlo con sus imágenes. Los húngaros les traían la diversión a cuestas. Se aventuraban por toda la sierra. Pueblo por pueblo. En un remolque todo el equipo y en

los otros sus pertenencias. Levantaban la carpa con la noche y allí estaba el proyector traquetee y traquetee. Sobre la pantalla las imágenes cautivas. Los ojos de los espectadores abiertos en el afán de no dejar que nada se les escapara a su atención. Al principio, cuando el proyector lanzaba su luz blanquísima sobre la tela, todos guardaban silencio. Ni en los entierros se guarda tanto respeto, pensó el padre Remigio llevándose las palomitas de maíz a la boca.

El patriarca de los húngaros, miraba a todos los del pueblo, ensimismados. Nadie afuera. Monserrat levantaba el pequeño interruptor y el traqueteo del proyector empezaba para luego perderse en la indiferencia de todos que se embebían en la película sin oponer resistencia alguna. Los húngaros entonces hacían de sus anchas por el pueblo. Aquí y allá todo empezaba a desaparecer.

No se avoracen, les dijo Monserrat.

No, no, una cuantas cositas, dijo su mujer de pechos enormes.

La intención es no hacerlos enojar, terminó el patriarca y todos los húngaros salieron del remolque con una sola mira en sus cabezas.

La duda era legítima en la cabeza de los del pueblo. ¿Cómo se mantienen con lo poco que sacan de cada función? Todos empezaban a notar la disminución de sus propiedades. Un par de huevos en tal gallinero, un pedazo de queso casi imperceptible en su ausencia, un bajón en el nivel de la olla de los frijoles, una gallina menos en los mezquites del corral; pequeños detalles que todos percibían, pero que no terminaban de acumularse para completar la queja frente a Santiago Norma.

Han de ser hijos del diablo, Norma, dijo Hermelinda Jacobo.

Nadie los ha visto, le contestó él desde el otro lado de la calle.

Son ellos, con sus invenciones esas del cine, le reviró la mujer

que empezó a caminar rumbo a donde se encontraba él recargado contra la pared.

Los hombres, por las tardes, hablaban de otras cosas menos decentes. Leperada pura frente a la lumbrada que los reunía.

Yo no les veo nada, por más que estiro el pescuezo, dijo Ernestino Tapia.

Pos yo sí, dijo Astolfo Monje.

¿Y cómo le hacen?, preguntó alguien con un murmullo sin origen.

Yo les digo, no faltaba más, se apuntó Monje. Como me voy muy de mañanita a la milpa, las veo salir una por una de los remolques. Yo me hago como que me escondo, pero yo sé que ellas hacen como que no me ven. Se alejan unos cuantos pasos. Aquí y allá las ves empeñadas en sus necesidades mañaneras. Luego, como si fueran trompos, dan vueltas sobre sí mismas, recio. La falda se empieza a levantar con el vuelo hasta que les flota a la altura de la cadera. Les ves todo el pelambre, negro. De repente se detienen como tocadas por un rayo y con los brazos se agarran las faldonas, se ponen en cuclillas y entonces les ves el chorrito de meados, doraditos, iluminados por el sol que empieza a salir del otro lado del monte. Hasta parece que te hipnotizan. Y allí estás como encantado por algún hechizo que les nace de sus panochitas bien peludas con el hilo de oro como manantial divino, el contador cerró los ojos y dejó que el recuerdo impreso en su memoria llenara de silencio su historia.

¿Entonces es temprano?, Monje, preguntó Norma.

Sí, tempranito, entre el primer y el segundo canto de los gallos, confirmó.

Cada mañana los húngaros se quedaban en sus remolques y sus mujeres se dispersaban por el pueblo para ofrecer sus artes adivinatorias. Las mujeres extendían sus manos frente a los ojos de

las húngaras que seguían, con la punta de sus dedos, las líneas de los ríos cautivos en la palma en turno. Las húngaras adivinaban el deseo del amor, el deseo de la vida y el deseo del dinero, en el temblor que invadía, de manera imperceptible, las manos de todos. Esta es la línea de la vida, es un río que tiene principio y fin, pero no hay de qué preocuparse porque si te fijas, esa línea se extiende hasta casi la muñeca, te quedan muchos años por vivir, dijo la esposa de Monserrat. Se cruza con la del amor y la del dinero, son más pequeñas, pero no tanto. Tendrás las tres cosas. Siéntete feliz, muchos ni una vida larga logran encerrar en sus manos; la mujer de Ernestino Tapia sonrió agradecida y se alejó rumbo a su casa después de depositar las monedas en la mano de la adivina.

Luego vinieron otras mujeres a las que siguieron todas las del pueblo. Pocos eran los hombres que se aventuraban en la necesidad del vaticinio. Las variaciones de las líneas eran infinitas: una vida corta pero con un amor constante más allá de la muerte, gran fortuna que se amasará entre sollozos por un amor perdido que llenará los últimos días de la vida, un amor largo como el tiempo con pocos pesos para que sobreviva; combinaciones todas, las posibles, para el número de ansiedades haciendo fila. Las monedas caían para engordar las bolsas de las húngaras. Dependiendo del vaticinio, la mujer en turno salía con una sonrisa, una mueca o el llanto pleno. Así las demás mujeres, en medio de la plaza, adivinaban a medias lo adivinado.

Son cosas del maligno, Santiago, la voz surgió en medio de la noche.

No, mujer, dijo Norma. Son cosas del hombre, terminó y se metió a la cama.

A Catalina Marco le dijeron que iba a vivir hasta que pidiera la muerte a gritos, compartió la esposa de Santiago Norma.

Pos en cuanto empiece a gritar se la damos, faltaba más, la ironía rondaba las palabras del hombre envuelto en sombras.

A Hortensia le adivinaron un amor imposible, a la mujer de Medina un cansancio enorme, de muerte; y..., la mujer se detuvo en su cadena de revelaciones. Norma había empezado a silbar su sueño, como todas las noches.

Dicen que la panocha la tienen atravesada, que no es cosa de humanos, dijo Ernestino Tapia.

Pos yo no le vi nada que no fuera d'este mundo, Tino, aseguró Astolfo Monje.

También dicen que con sus chichis amamantan perros y gatos, que sus manos tejen la noche y al ser que en ella mora; sentenció otro.

Eso sí no lo sé, ni me interesa saberlo, dijo Monje.

Que preparan embrujos, que hacen pactos, que viven ya con la maldad bien metida en el cuerpo, aseguró alguien.

Pos qué más quisiera que sacárselo yo pa´meterle esto más adentro, dijo Tino y se agarró el bulto a la altura de la entrepierna, todos soltaron la carcajada.

Adentro de la carpa el mundo se detenía. Lo único que se movía eran los personajes atrapados en la historia que el proyector, lastimosamente, lanzaba sobre la pantalla entre traqueteos cada vez más fuertes.

Monserrat les dijo a los suyos que al día siguiente se largarían del pueblo, que esa noche necesitaba que fueran más allá de robar lo necesario. Sabrá Dios cuándo volveremos a probar bocado, terminó y con la mano libre les indicó que era el momento de adentrarse en el pueblo. Los ojos del público sin parpadear, absortos en el mundo plano que tenían frente a ellos. ¡Ah, el encanto del cine!, suspiró Monserrat, cansado y miró hacia donde los demás, pero por primera vez pensó que aquello ya no era vida digna de contarse.

Santiago Norma había empezado a cancelar el aburrimiento en los días de su vida. Cuando no llegaba alguien con que los húngaros hicieron esto, llegaba otro con una noticia parecida. Las mujeres se perdían en los futuros prometidos como una realidad en pleno presente. Por las tardes los hombres, alrededor del fuego, amasando historias de lujuria que los demás escuchaban.

Me fui muy espichadito rumbo al río, dijo Ernestino.

¡Ah!, Tapia, eres un lépero bien hecho, dijo Astolfo.

¡Las hubieras visto, Monje! ¡Las hubieras visto! El sol se les resbala por la piel, bien mojadita, les hace brillar todo. Hasta parecen sirenas las condenadas; cerró los ojos.

Después, cuando la noche llegó, todos se dirigieron a la carpa.

La mujer de Santiago Norma embelesada con la galanura de los actores. Allí, tan cerca de ella y tan lejos de sus manos que por debajo del rebozo se hundían en la entrepierna buscando los ríos olvidados. Los hombres miraban a las mujeres encuadradas por la pantalla y se imaginaron otras cosas, ajenas a los días y las noches que se estancaban en el pueblo para llenarlo de un ahogo compartido. Hasta el padre Remigio buscó su miembro que despertaba contra su voluntad por mantenerlo dormido, lo acarició por encima de su sotana, se imaginó cosas que jamás había probado, cerró los ojos y, por un instante, sintió la soledad del hombre, la que inútilmente Dios intentaba llenar sin lograrlo del todo.

Santiago Norma dejó que Monserrat explicará la decisión de irse.

Ambos se miraron sin entender dónde estaba la grieta que se abría entre ellos. Norma recordó los días previos a la llegada de los forasteros con su carga de imágenes atrapadas. Todos los días eran el mismo. Sin variaciones. El mismo hartazgo de vivir un tiempo similar, como si al cerrarse la noche hacia el amanecer, todos los del pueblo estuvieran cautivos en una misma

película. Si los húngaros se fueran, esos días volverían para enjaularlos en la inmensidad de su repetición infinita.

No es vida, Norma, dijo Monserrat. Estoy viejo, me cansa vivir así, viaje tras viaje, sin estar y sin ser. Siempre en el camino, con breves descansos. Ya no es vida; terminó.

Lo que no es vida es estar siempre aquí, en el mismo pueblo, mirando como los días se repiten hasta el cansancio, Monserrat entendió que aquello era una súplica para que no cumpliera su promesa de irse con toda su gente, sus mujeres de pechos redondos y grandes como mundos anunciando el futuro de todos, sus robos mínimos para sobrevivir, su linterna mágica iluminando la pantalla, llenándola de imágenes.

Monserrat no entendió razones.

El día previo a la partida, Santiago Norma se levantó temprano y descubrió tesoros desde el escondrijo donde estaba agazapado. Las húngaras salían a liberar el cuerpo de la necesidad que se acumulaba como un plomo líquido que bullía en sus cuerpos, al rojo vivo. Los ojos de Norma vieron la falda alzarse, luego los sexos abiertos al río dorado que habitaba oscuridades subterráneas en el cuerpo de las mujeres.

Regresó a casa con la mirada perdida en el horizonte.

A media mañana, frente al escritorio en la comisaria, extendió la palma de su mano. La mujer siguió la línea de la vida con la punta de su dedo índice, luego la del amor y, por último, la del dinero. Norma dejaba que su mirada se centrara en la punta del dedo que navegaba sobre la superficie ofrecida siguiendo los surcos con que la vida lo marcara. La mujer reveló días de desolación, días inmensos como el desierto, días de hartazgo, pero no eternos. Nadie lo salvaría de ese tiempo acumulado en la vejez de sus huesos. Santiago Norma retiró su mano. Antes de salir con su sonaja de monedas, la mujer se volvió hacia él.

Lo miró por un largo instante, quiso decirle que en su mano adivinó la muerte, agazapada, como un animal al acecho, pero Norma ya estaba pensando en los días por venir.

Esa tarde Norma comentó a los hombres las maravillas que el amanecer le había revelado. Los demás guardaron silencio. Las palabras de Santiago Norma guardaban una soledad infinita.

La noche trajo la función de cine. Los espectadores sabían que aquella película sería la última que verían por mucho tiempo. Monserrat había agradecido el apoyo a su gente y aseguró que ya no volverían. Nadie se atrevió a preguntar razones y ahora la pantalla se llenaba de imágenes que tendrían que sobrevivir al olvido en la memoria de los que allí se encontraban. Los hombres y mujeres esperaban la orden de Monserrat para ir al pueblo y regresar con las provisiones para el viaje, pero el patriarca se limitó a mirar la pantalla que, en el fondo de la carpa, resplandecía llena de imágenes. Nadie se atrevió a pedir razones.

El amanecer empezaba a llenar de transparencia el pueblo cuando Santiago Norma salió de su casa. A lo lejos, el llano era el mismo desierto de antes, cargado de soledad. Algunos perros buscaban entre los desperdicios que habían quedado atrás como único rastro de los húngaros.

Norma caminó hasta la comisaria.

Sabía que los hombres no saldrían a las calles hasta el primer canto del gallo.

Tenía todo el tiempo del mundo.

La llave liberó el engrane del candado. Santiago Norma sacó el rifle del gabinete. Salió. Recorrió las calles hasta llegar a la plaza. El mezquite se alzaba hacia el cielo del amanecer. Las ramas se recortaban contra la claridad como los huesos regados de un esqueleto desconocido. Subió lentamente con la agilidad que sus años le permitían. El árbol tenía la fuerza acumulada

en sus ramas. El peso de Norma era una posibilidad. Se sentó en una de las más altas. Se recostó contra la voluntad del tronco. Un viento suave barría el pueblo.

A lo lejos, rumbo al norte, se veían los remolques de los húngaros que empezaban a perderse en el camino.

Ernestino Tapia salió de su casa con el recuerdo de las húngaras rondando su memoria.

No dejaré que los días me llenen con su hastío, pensó Norma y apuntó.

Minotauro

TCHAS:

EL HACHA SE ENCAJABA sin misericordia en el tronco del mezquite:

tchas,

tchas, tchas, tchas: con un ritmo alterado:

TCHAS, TCHAS:

lo contundente del golpe, seco, llenándolo todo con su fuerza:

TCHAS,

TCHAS, TCHAS, TCHAS,

TCHAS:

el hacha cayó sobre el tronco del mezquite.

Ya estaba viejo y difícilmente, cada temporada, algunas ramas apenas se cubrían con esas hojas diminutas que no alcanzaban más que un color cenizo de lástima:

TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS:

El ritmo regresó a los golpes. Teodoro Casanova esperaba a que de un momento a otro el árbol se viniera abajo. Pensó, incluso, que tendría que arrastrarlo hasta su casa, dejarlo secar completamente antes de hacerlo leña. La necesitaría en el invierno cuando las heladas le dijeran que era necesario tener el horno de la estufa siempre bien abastecido como el corazón de una locomotora:

TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS,

TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS, TCHAS:

Después de varios hachazos más se sentó a la esquelética sombra del gigante que intentaba derrumbar. Los brazos le pesaban por el esfuerzo. Dejó el hacha recargada contra su enemigo. No se iría de allí hasta que el mezquite no conociera lo plano del suelo. Catalina Mendoza, hacía mucho "de Casanova", le había pedido que fuera por un tercio de leña al monte.

Algo para echarle al horno. Recuerda que ya no seremos tú y yo solos; le reclamó mientras se acariciaba el vientre abultado.

Nada más era cuestión de esperar. Unos golpes más sobre la herida que tenía el tronco y caería. De segurito lo escuchará Catalina allá en la casa, pensó.

El hacha, mientras tanto, dormía el sueño de los justos.

Lo primero que ocurrió cuando Teodoro y Catalina se casaron, fue la acumulación de la soledad dentro de su casa. Teodoro no tuvo más remedio que reconocer que los hijos no llegarían. Catalina, siempre era ella, tenía aquella soledad bien metida en el cuerpo. Así pensaba él. No podía ser de otra manera. La evidencia estaba allí cuando se echaban desnudos a la cama para luego empezar sus arrumacos hasta terminar él encima de ella y, después de varias subidas y bajadas sobre su cuerpo, Teodoro depositaba la semilla de la estirpe en su interior.

Catalina no, simplemente la recibía entre leves quejidos que alimentaban la fuerza con que Teodoro la embestía y al final, cuando él contraía todos los músculos de la cara y su respiración se volvía entrecortada, ella sabía que adentro tenía la posibilidad de que la familia se multiplicara.

Así lo había dicho el Padre Adriano: creced y multiplicaos, es el mandato de Dios; y la pareja salió feliz de la Iglesia.

Pero la multiplicación no llegó a los Casanova. Conforme pasaba el tiempo y las primeras canas aparecieron en sus respectivas cabezas, más dura era la resignación que se les apiedraba a la altura del pecho o en los adentros. Ninguno decía nada abiertamente, pero las gentes del pueblo.

¡Ah, esa gente bandida y habladora!; pensó Teodoro.

La casa creció hacia el vacío de los cuartos. Catalina insistía en hacerla crecer. Primero la cocina, la sala, el baño y las dos recámaras; luego se fueron pegando otros cuartos a los que conducían una infinidad de pasillos; después las escaleras y más cuartos arriba de los otros; todo con el afán de recibir a aquellos que no llegaban.

La casa de los Casanova, desde la cuesta por donde bajaban al pueblo, parecía un panal blanco de cal.

Por eso la voluntad de Teodoro se mantenía contra todos los vaticinios.

El padre Adriano en un sermón comentó algo de una maldición, de un tiempo basado en cinco generaciones para poder limpiar la sangre de la familia; y, contundentemente, agregó que los caminos del Señor eran misteriosos. Nadie vio llorar a los Casanova dentro de la última recámara que le habían agregado a la casa. Contra eso no hay maneras, decía Catalina abrazada a Teodoro que no alcanzaba más que a mascullar unas cuantas palabras.

La casa quedó hasta allí. Pensar en hacerle más cuartos era ya un sentimiento de furia en Teodoro Casanova. Lo que antes había imaginado lleno de calor, ahora, cada vez que llegaba el frío, se convertía en un infierno que les calaba hasta el tuétano.

Si tuviéramos a alguien más, dijo Catalina, no sufriríamos estas penurias.

Las penurias eran tantas como hijos habían deseado.

En realidad ese era su dolor original.

Ahora, con todos los años del mundo encima, los Casanova eran los únicos que caminaban por aquellos cuartos. Atrás quedaban los sueños de la continuidad de la sangre. La gente, en un principio, presionaba. Los hombres a Teodoro le exigían una muestra de su capacidad como hombre y las mujeres, a Catalina, le daban consejos que iban más allá de lo que ella hubiera imaginado.

En cuanto sientas que el Teodoro ya terminó, Cata, te pones patas arriba, dijo la mujer de Mariano Loa y dio unos pasitos, luego se impulsó, puso las manos en el suelo y levantó las piernas para apoyarlas sobre la pared. Catalina la miró y no pudo evitar reírse ante tamaño desfiguro.

En el canal, mientras lavaba junto con las demás mujeres, recibió tantos consejos como le fue posible. Cuando llegó a su casa los escribió en una libreta vieja que había comprado para algo que había olvidado. La lista, aunque le había parecido larga al principio, solo alcanzaba a llegar al número siete.

Ah, dijo Teodoro, ese es un número cabalístico, sin alcanzar a entender las dimensiones de sus palabras.

Los Casanova llevaron a cabo todas las recomendaciones y, como eso les diera más ánimos para intentar por cualquier medio la multiplicación cuyo mandato, así lo dijo el padre Adriano, era de origen divino. Ni bien pasaron unos días cuando ya estaba Teodoro levantándole más paredes a la casa.

Catalina lo dejó hacer.

Simplemente no quería que el sueño terminara para los dos. Algunos de los remedios exigían paciencia y tiempo al tiempo. Los dos lo aceptaron.

El primero fue el que le diera la mujer de Mariano Loa.

En cuanto Catalina veía que Teodoro contraía el rostro, se le entrecortaba la respiración y se desmadejaba sobre ella, lo aventaba al otro lado de la cama, daba unos pasitos para tomar impulso y se levantaba sobre las manos para quedar apoyada patas arriba sobre la pared del cuarto. Así se quedaba por un

buen rato hasta que los brazos empezaban a flaquearle por el peso y a gritos le pedía ayuda a Teodoro que a duras penas podía mantenerse despierto.

Así fue el episodio de sus vidas que llamaron patas arriba.

Los dos se reían con la esperanza de que todo aquello tuviera un buen fin para la sangre.

Luego le siguieron los baños en leche de burra.

Teodoro fue a pedirle permiso a Jacinto Rincón para entrar a su milpita y ordeñar a la única burra recién parida de todo el pueblo. Adelanté, Teo, adelante y ordeña lo que tengas que ordeñar, le dijo con toda la intención de hacerlo reír, pero Casanova hacía mucho que había olvidado cómo hacerlo.

Al igual que el remedio de la mujer de Mariano Loa, lo de los baños en leche tampoco funcionó.

La desesperación los llevó a continuar la lista.

Todo se había convertido en un ritual que consistía, para Teodoro, en ir a trabajar su milpa, volver a casa, descansar para estar completito por las noches. Catalina hacía todos los preparativos para el tratamiento en turno contra el olvido que amenazaba al apellido Casanova. Ninguno de los dos se dio cuenta que el tiempo pasaba mucho más rápido y que los amigos dejaron de frecuentar la casa. Teodoro contestaba con un murmullo cuando los demás lo saludaban en las calles.

Nadie fue capaz de reclamarle a los Casanova su actitud evasiva.

Los entendían a su medida y posibilidad.

La comprensión hacia ellos se mezclaba con lástima cuando el padre Adriano los mencionaba durante el sermón y la buena intención de la pareja por seguir al pie de la letra la palabra de Dios.

Los demás pedían en sus oraciones por los Casanova.

Si no es con de burra, pues con de toro, dijo Consuelo Bejarano. Catalina la miró sin entender lo que decía la mujer de Joaquín. Sí, con leche de toro, para que le dé más hombría al Teo-

doro, terminó por aclarar. El asco le nació en sus entrañas, pero la curiosidad pudo más y Catalina agradeció la oportunidad de llenar los cuartos vacíos de la casa que la mujer le brindaba.

Teodoro se negó al principio. ¿Y si nos sale con cabeza de toro? No, nomás no, estoy harto de tanta chingadera, dijo. Catalina lo convenció.

Consuelo Bejarano se acomidió a traerle el ingrediente principal.

Cuando Catalina agarró la taza con mucho cuidado, la sensación cálida le invadió las manos, pero ya no estaba como para perder el tiempo en ascos. No le preguntó nada a Consuelo. Le dio las gracias y la miró alejarse rumbo a su casa. Dejó la taza sobre la mesa y se dio cuenta de que las manos le habían quedado pegajosas. Se las lavó varias veces mientras miraba indiferente cómo la espuma del jabón desaparecía dentro de la cubeta con agua.

Teodoro Casanova ya estaba bien descansado cuando Catalina entró con la taza en las manos. La sujetaba así, con las dos, como si fuera algo que de tan frágil el mismo viento fuera a romperla en mil pedazos. El hombre se quitó los pantalones, primero. Luego dudó, pero al final dejó que todo quedara al aire libre. El saco de los güevos le colgaba un poco. Teodoro sabía que aquello era la señal inevitable de que se estaba haciendo viejo. Todo se nos arruga o se nos estira o se nos cae, pero ya nada es igual que antes, pensó mientras las manos de Catalina embarraban la leche de toro en la dureza que empezaba a engrandecer lo que tenía entre sus manos.

La luz de la lámpara iluminaba todo.

No Consuelo, ni así, dijo Catalina. La mujer se ofreció para traerle más leche de toro, pero ella, después de agradecérselo, le dio las buenas noches y cerró la puerta.

La lista terminó con el número siete que correspondía a lo del toro y una sensación de hastío apresándoles la vida a los Casanova.

El padre Adriano escuchaba las tribulaciones de Teodoro en el confesionario. Sólo alcanzaba a señalar la voluntad del Señor y tener resignación. En un sermón habló de una de las muchas historias del Génesis, algo que los feligreses pudieron relacionar con los Casanova, pero no le traería paz a la pareja.

Ninguno de los dos le confesó al cura lo de los remedios. No vaya a pensar que andamos queriendo contrariar a Dios, dijo Catalina y se persignó.

Cuando la mujer se lo confesó a Teodoro, ninguno pudo negar el escalofrío que les recorrió el espinazo. Allí estaba la sensación cayéndoles desde el inicio de la nuca como una gota de agua fría que, conforme avanzaba, más los llenaba de temor ante aquello que anhelaban y ahora, allí, en el vientre de Catalina, se revolvía como una pequeña semilla en un afán de despertar y empezar a crecer.

Ninguno de los dos se atrevió a mencionar el miedo que se anidó en sus corazones. Todo se limitaba a dudas que, así lo pensaron, no tenían importancia alguna.

¿Y si nos sale toro, vieja?

¿O la mitad de hombre y la otra de animal?

¿Te imaginas?

¿Qué vamos a hacer?

Las preguntas de Teodoro cruzaron como una bandada de desazones por la cabeza de su mujer.

Por primera vez, los Casanova tenían una razón para seguir con la extensión de sus vidas. Ninguno de los dos les comentó nada ni a familiares ni amigos. El padre Adriano aceptaba el silencio de la pareja como una resignación casi de piedra.

Los días empezaron a avanzar.

Teodoro, por primera vez en mucho tiempo, miró a Catalina. Ella hizo lo mismo. Los dos pensaron, casi al mismo tiempo, que se habían hecho viejos de la noche a la mañana.

Las semanas se acumularon y los cambios en el cuerpo de Catalina no se hicieron esperar. Los senos empezaron a abultarse como una condición previa a la carga de leche que vendría después del nacimiento de aquello que empezaba a tener, cada vez más, una presencia definitiva en la vida de los Casanova.

Sabía que la leche de toro no iba a fallarme, dijo Consuelo Bejarano cuando Catalina, con cierto temor, le compartió la noticia.

Eso bastó para que corriera como reguero de pólvora.

Todo el pueblo se enteró.

El padre Adriano los bendijo, pero la desolación que miró en los ojos de la pareja no tuvo explicación alguna.

Las noches se volvieron un remolino debajo de los párpados cerrados de Teodoro Casanova. Por las mañanas se despertaba con una sensación de arena que le raspaba los ojos. No descanso, mujer. Cierro mis ojos y..., titubeó. Catalina no insistió. Sus noches eran iguales o peores que las de él, al principio, pero conforme avanzaban los días el miedo empezó a padecer las embestidas del amor maternal que por tanto tiempo había sido suprimido.

Teodoro no le dijo nada.

La noche ya estaba dentro de la casa de los Casanova. Teodoro despertó con el desierto invadiéndole los ojos. Maldita arena, pensó. La luz de la lámpara amenazaba con dejarlo todo a oscuras, pero insistía en sobrevivir dentro de la cortina de cristal que la rodeaba. Se restregó los ojos para liberarlos de la arena invisible que los raspaba cada vez que abría o cerraba los párpados. Entonces escuchó el leve quejido.

Puso más atención.

El quejido volvió a salir de la boca de Catalina. Cuando se animó a despertarla, otro quejido, más fuerte, lo obligó a detener la mano en el aire. Catalina volvió a quejarse. No era un

quejido que la hiciera gritar sino algo que denotaba un dolor intenso, pero que se tenía que soportar a toda costa. Teodoro la sacudió tiernamente. Ella se arremolinó en su lado de la cama. La lámpara iluminó el vientre abultado, desnudo. La piel estirada al máximo y unas leves grietas, apenas perceptibles, que serían la marca permanente del deseo cumplido.

La mano de Teodoro se extendió sobre el vientre.

Algo se movió debajo de la piel.

Teodoro dejó que su deseo por la caricia cayera de golpe y se rompiera en mil pedazos que nada ni nadie lograría juntar.

La piel del vientre de Catalina cobraba un movimiento jamás visto.

La arena seguía allí en los ojos de Teodoro.

Se llevó las manos al rostro en un intento desesperado por aliviar la sensación, no logró más que un malestar que amenazaba con incendiarlo por completo.

Se levantó.

A tientas llegó a la cocina.

La bandeja rebosaba llena de agua sobre el fregadero. La humedad fría consiguió desaparecer su sufrimiento. Teodoro sabía que aquello era pasajero. Lo único posible sería un buen sueño. Como tronco, pensó cuando se metió entre las sábanas. Entonces volvió sus ojos al vientre de Catalina. Algo se movía dentro del cuerpo deformado. La sensación arenosa regresó para invadirle la mirada. Ya no estaba nada más en los ojos, en ese cerrar y abrir de párpados. No, de pronto, Teodoro entendía que se encontraba en todo aquello que tocara con su mirada.

Catalina se quejó nuevamente.

Aquel sonido era de un dolor indescriptible, pero su deseo la hacía sobrevivir día y noche.

La lámpara lanzó su luz cada vez más huidiza sobre las cosas.

Teodoro acercó su mano a la piel. Algo, de súbito, la invadió de un temblor sin más origen que sus entrañas. La mano abier-

ta, dispuesta a acariciar, por primera vez aquello que se movía en el interior de Catalina, indiferente al mundo exterior. La caricia no despertó a la mujer que se quejaba débilmente.

La redondez surgió debajo de la piel.

Teodoro sonrió. Cerró los ojos. De seguro es una piernita, pensó. No, no, es la cabecita; sí, eso es: la cabecita; rió de felicidad.

La mano ya se había liberado del temblor y ahora avanzaba por el vientre redondo, abultado, buscando aquí y allá las señales del hijo que por tanto tiempo habían esperado. La misma redondez, con menos volumen. Ah, ésta sí es la piernita, pensó. El ardor fue un pinchazo agudo en los ojos en desvelo desde hacía tanto tiempo. La mano se detuvo. Teodoro, aunque ya el malestar había pasado y ahora era un ligero escozor debajo de los párpados, no quería abrir los ojos. La mano sintió el par de picos, pequeños, queriendo desgarrar la piel del vientre donde estaban presos. La mano reconoció los aguijones, mínimos. El tacto de pronto se volvía su mirada y Teodoro no quería ver aquello que sus manos adivinaban debajo de la piel. Acarició por última vez los dos picos y algo en el fondo de él le dijo que eso que habitaba en el vientre de Catalina no era su hijo. Retiró su mano de la misma forma que la había acercado. Se acurrucó del lado de su cama y abrió los ojos. Ahora sus noches conocerían el significado del cansancio.

TCHAS:

el hacha se hundió nuevamente en el tronco:

el mezquite empezó a crujir como si algo en el viento le dijera que su suerte ya estaba echada. Luego el golpe seco contra el suelo. Teodoro miró el árbol. Las ramas se habían despedazado. Nada más el tronco era digno de hacerse leña. Teodoro Casanova había salido temprano para llevar a cabo esa tarea.

Catalina lo despidió, sonriente, desde la puerta.

Ahora lucía hermosa y con su vientre abultado debajo de la falda.

Teodoro la miró antes de empezar a subir por la cuesta. Allá está, dentro de la casa, dentro de ella, pensó. En la mano tenía la sensación que la noche anterior descubriera al tocar el vientre de su mujer.

No quiso pensar en eso.

Teodoro ocupó el cuerpo en preparar el mezquite para ser arrastrado.

La mente en blanco.

El frío ya se presentía por las mañanas. Se van a venir temprano las heladas y con esta casa tan grande nos va a hacer mucho el frío, dijo Catalina. A los tres, agregó con una sonrisa que jamás habían dibujado sus labios.

Teodoro solamente hizo un movimiento de cabeza y una promesa de ir a traer leña lo antes posible. Ahora, mientras su cuerpo volvía a descansar, pensó en Catalina. Los remedios que había enlistado. La voluntad del cuerpo cada noche para responderle a ella. Luego pensó en Consuelo Bejarano, la leche de toro, viscosa, y las manos de Catalina apuradas en la aplicación sobre su miembro que se despertaba monumental, como nunca antes. La sensación de quererla partir en dos mientras la embestía con una fuerza descomunal y ella le gritaba que parara, que por amor de Dios se detuviera, que la estaba lastimando. Pensó en el silencio de la siguiente mañana. En las manchas de sangre que se había secado en la sábana y el cuerpo adolorido de Catalina hecho ovillo. También pensó en las mentiras que le habían dicho al padre Adriano dentro del confesionario. En el pecado cometido contra la voluntad de Dios y que ellos, tercos, insistieron en desacatar nada más para saciar aquello que les nacía en las entrañas y no tenía más destino que la soledad de la casa con sus cientos de cuartos, pasillos, baños y escaleras que no conducían a ningún lado.

Sin dudarlo, levantó el hacha.

El mezquite tardaría mucho en desaparecer como un esqueleto en medio de la nada.

Se alejó rumbo a la cuesta que daba al pueblo.

Teodoro sujetaba el hacha con la misma fuerza con que había embestido por última vez el cuerpo abierto de Catalina para después desplomarse a su lado, en un sueño profundo. De eso ya hacía más de cinco meses.

Mientras caminaba, Teodoro Casanova sabía que su casa era un laberinto, que ellos, Catalina y eso que le crecía en el vientre, tendrían muchos lugares donde esconderse.

No le importó.

Cuando abrió la puerta entendió que tenía todo el tiempo del mundo para buscarlos.

Minotauro
se terminó de imprimir en diciembre de 2014
en los talleres de Vía Color Imprentas,
General Piña # 8, Hermosillo, Sonora.
La edición estuvo a cargo de la
Coordinación Editorial
y de Literatura del ISC y del autor.

Obras ganadoras del
Concurso del Libro Sonorense 2013

Minotauro
Iván Figueroa
Cuento

Portuaria
Manuel Parra Aguilar
Poesía

Voy a dar un pormenor
Omar Gámez Navo
Crónica

Entre la crítica y la irreverencia: La novela de la Revolución Mexicana, del centro a la periferia
Marco Antonio Chavarín González
Ensayo

Sociedad Anónima de Identidad Variable
Salvador Alejandro
Novela

Gilberto Espinosa, gerente de cobranza
Juan Carlos Valdez González
Dramaturgia

Iván Figueroa, en *Minotauro*, nos acerca a un oficio donde las descripciones que configuran gran parte de estas historias muestran el artificio de la palabra y su control a partir de la evocación de un espacio y una esperanza perdida; pero, principalmente, el extravío de la línea de sangre en el reino de la locura, como es el caso del relato que da título a este volumen.

Así, *Minotauro* es una reinterpretación de los grandes mitos que han fundado la condición humana: los griegos. Sin embargo, estos cuentos constituyen un conglomerado donde las historias, siempre las mismas y diferentes a la vez, centran nuestra atención en un puñado de personajes que viven su naturaleza norteña: espacios amplios donde el calor, el desierto y la sierra, terminan por volverse una línea que comunica pero, definitivamente, destruye su anhelo por una vida mejor (el gran sueño de todo ser humano).

ISBN 978-607-7598-78-7

CONACULTA

SEC

Instituto Sonorense de Cultura

SONORA